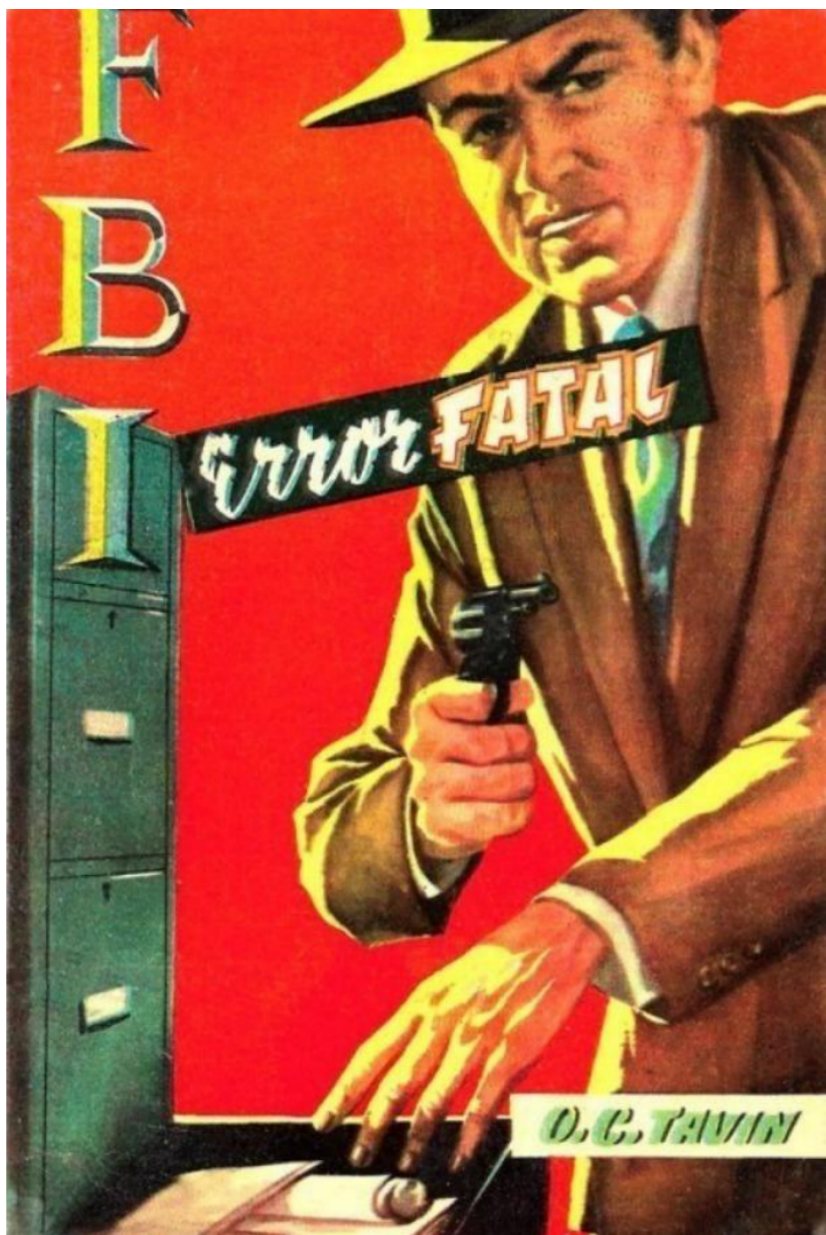
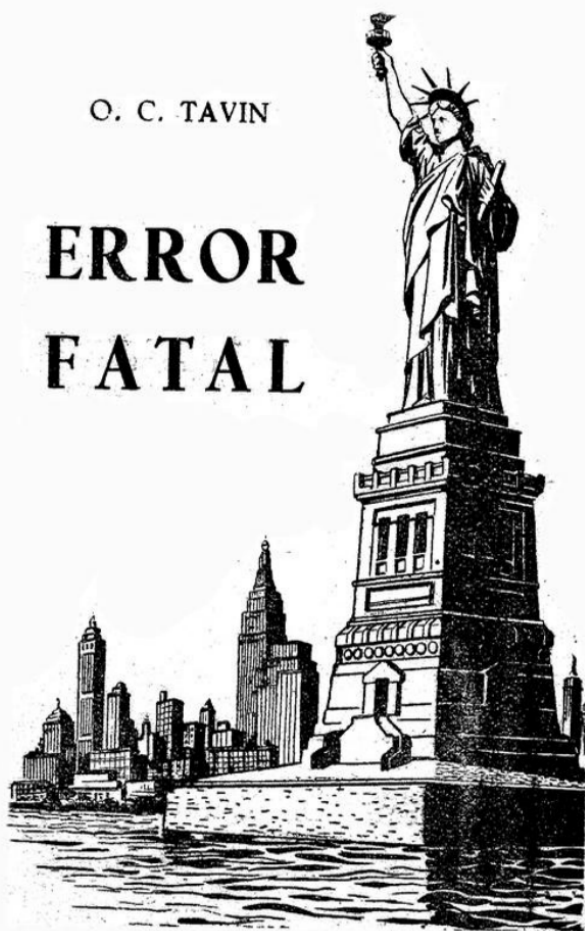




O. C. TAVIN

ERROR FATAL



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1958
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

DEPÓSITO LEGAL. M. 11.049.—1958

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I



EJARON el De Soto en la calle de detrás de Cornelia Street, donde había muy poca circulación.

Bajaron uno por cada lado de la portezuela, sin dejar echada la llave en ellas.

Rory Paget era alto, muy delgado, y llevaba su sombrero flexible bastante echado sobre el rostro. La gabardina parecía sobrarle por todas partes y la llevaba cruzada sobre el cuerpo huesudo, ceñida por el cinturón. Al andar, la prenda parecía una capa de caballero antiguo: tan colgante le quedaba.

Burt Randell era pequeñito y también delgado, aunque al lado de Rory pareciera gordo.

Cuando iban juntos hacían un gracioso contraste. Rory andaba a largas zancadas, y Randell, para seguirlo, tenía que mover doble número de veces sus cortas piernas.

Y casi nunca se ponían de acuerdo para unificar el paso; Burt iba al suyo y Rory no acertaba, ni quería dar la zancada más corta, porque decía que eso era de mujer o de hombre afeminado.

Doblaron la esquina y entraron en Cornelia Street, una calle cortita de Greenwich Village, el distrito de los artistas y de los buenos y caros restaurantes italianos, franceses, alemanes y latinoamericanos.

—Es ahí —señaló Randell, un restaurante francés, el Rendezvous, enclavado hacia la mitad de la calle, estrecha, con el asfalto muy brillante por las luces de neón de varios colores de los establecimientos.

—Sí. Ahí —dijo Paget, el largo, apretándose aún más la vuelta de la trinchera sobre el tronco de su cuerpo—. No tardará. Viene hacia las nueve y media, según dijo Autry.

—El tío tiene dinero, y le gustan las buenas cosas: cocina francesa... —murmuró Randell, escupiendo la colilla del cigarrillo.

Pasaron por delante, a buen paso, para ver si el portero estaba ya en su lugar, a la entrada.

—Pero ya verás cómo esta cena se le indigesta —dijo Paget, y rió bajito—. Bueno, todo está tranquilo, ¿eh? Vamos atrás. Tú a un lado de la puerta, y yo al otro. Como siempre, cuando se baje del coche y avance, ¡zas!

—Como siempre, claro. Oye, ¿cómo estás de los nervios? —dijo Randell, mirando a su compinche, con aire crítico—. ¿No te quedarás atontado, mirando lo que yo haga?

—Estoy estupendamente. Me he puesto doble dosis de «nieve», y no sabes lo que eso templa. Tengo el pulso normal. Si quieres, vete a treinta yardas de mi lado, y verás cómo te meto el cargador entero, sin fallar una —rió, bajito—. Vamos, que la hora se acerca y puede venir el tío ese.

Se adelantó Paget, el largo, hasta sobrepasar la puerta del restaurante, que tenía cristaleras de colores, brillantes por la luz de neón.

Le siguió Randell, el pequeño, como si fuera un viandante cualquiera, pero se quedó a siete yardas a la izquierda de la entrada del Rendezvous, cual si esperara a alguien.

Seis minutos después apareció en la callecita un coche largo, pintado de blanco y crema. Un Chevrolet bonito, muy moderno, que

paró ante la puerta del restaurante.

Randell y Paget se miraron. Luego permanecieron inmóviles, indiferentes, pero no quitaban ojo al coche recién llegado.

Cada uno de ellos sacó de un bolsillo una fotografía y la miró un momento. Luego la guardaron, y metieron la mano en el bolsillo de la derecha de la trinchera.

El que iba dentro del «Chev» bajó los cristales de las portezuelas delanteras. Luego se apeó del lado de la acera.

Era un hombre imponente de alto, de ancho. Llevaba un gabán de pelo de camello, azul oscuro, y un sombrero flexible del mismo color. A la luz del neón brillaron sus zapatos negros.

Paget, el largo, y Randell, el pequeño, se volvieron, dando la cara al gigante del coche.

Paget, el largo, hizo un gesto afirmativo a Randell. El gigante del coche había cerrado y se incorporaba. El portero del restaurante no estaba en su sitio todavía.

Dispararon los dos «killers» a la vez sobre el hombre, que iba a girar sobre sí para entrar en el restaurante. Dos veces Paget, apuntándole a la cabeza y al pecho, y otras dos Randell, al pecho y al vientre.

Todo había sido estudiado para que la víctima fuera mortalmente herida y pudieran marcharse sin temor de haberla dejado con posibilidad de seguir viviendo.

El gigante, cogido entre dos fuegos, se ladeó de un lado y luego del otro, dos veces, porque cuatro fueron las balas que le atinaron. Luego se desplomó, extendiendo los brazos, buscando un asidero.

Paget y Randell corrían ya en direcciones opuestas, para doblar la esquina y encontrarse ante el coche, en la calle de atrás a Cornelia.

Era curioso ver cómo el pequeño Randell multiplicaba los pasos, volviendo la cabeza para ver si era seguido, en la mano la «Savage» del 45, por si había que parar los pies a un seguidor.

Llegó antes, naturalmente, la trinchera volante, el alto Paget, que abrió la portezuela del De Soto color azul oscuro, puso en marcha el motor y lo aceleró.

Diez segundos después llegaba, como si rodase una bola, Randell, que se metió de un salto en el vehículo por la otra portezuela.

Arrancó el coche a buena marcha, recorriendo la corta calle, giró y entró en el tráfico de la Seventh South Avenue, con cientos de coches en interminables hileras.

Paget acomodó la velocidad del auto a la de los demás vehículos. Conducía con mano segura, apretando las mandíbulas, fija la mortecina mirada adelante. Solamente sus piernas tenían un temblor continuo.

—De primera, ¿no? —dijo Randell, el pequeño, al lado de Paget.

—Como si no hubiera pasado nada...

—De primera —afirmó Paget, colocando el cigarrillo en un lado de la boca, arrugada—. Como si no hubiera pasado nada. Total, un «G-man»

que recibe el retiro definitivo. Son demasiados ya, ¡diablos!

Siguieron calle arriba, muy arriba, metidos en la fila de coches. Era una cierta seguridad la que daba el formar parte de la serpiente de coches.

Abajo, en Greenwich Villaje, ya estaría armado el lío. Policía, curiosos, el mismo

F. B. I.,

mesándose los cabellos de rabia...

Al llegar al cruce de Broadway, tomaron por esta vía, aún más congestionada de vehículos.

Paget conducía con seguridad, pero su mirada se hacía más dura, apretando las mandíbulas como si las tuviera soldadas y le fuera imposible desenchajarlas. Y las piernas le temblaban mucho más.

—Déjame que conduzca yo, anda —dijo Randell, mirándole con inquietud—. Te va a dar un ataque, idiota. Acabarás hecho un guiñapo, y no podrás atinar a un elefante puesto a diez yardas delante de tus narices.

Llegaron a poco ante la estatua de Colón, en Columbus Circle, y Randell situó el coche robado en la zona de «*parking*», entre otros varios.

—Espera —dijo, cuando vio que Paget, temblando como un azogado, lívido el innoble rostro, se disponía a bajarse—. Las huellas, idiota.

Sacó un pañuelo de un bolsillo, y con todo cuidado lo fue pasando por el volante, la palanca de cambio, el salpicadero, las

fallebas de las ventanillas, verificando igual operación sobre los pedales de freno y otros lugares donde podían haber dejado huellas dactilares.

—Vamos. Estás hecho un guiñapo —miró a Paget con repugnancia—. Sigue así, y tendrás que dejar el oficio.

Paget andaba como un anciano que acabara de salir de una grave y larga enfermedad. Jadeaba, pisaba vacilantemente.

Su compinche lo cogió de un brazo con fuerza y lo guió hasta un punto de taxis cercano. Le metió en uno y dio la dirección al conductor:

—Doscientos Setenta y Seis, de West 27th, allá por Chelsea Park —dijo, con voz un poco ronca.

Cuando el gigante cayó al suelo, mortalmente herido por las balas de Paget y Randell, al ruido de las detonaciones acudió el portero del restaurante. Y volvió a entrar, horrorizado, llamando al «maitre».

Salió el maitre y varios camareros, asustados. Ya había también en la acera, contemplando el cadáver, un pequeño grupo de peatones.

Un camarero fue al teléfono y llamó al Precinto de la Metropolitana más cercano, pidiendo que fueran con una ambulancia, pues era cadáver el hombre que estaba allí.

Por un extremo de la calle apareció un coche negro. Al ver su conductor que un grupo ya grande de personas se agolpaban ante algo que había en la puerta del restaurante Rendezvous, aminoró la marcha.

Sin embargo, vio algo que le hizo salir del vehículo con toda rapidez, y a empujones, pues era un gigante poderoso, de anchos hombros, apartó a los curiosos y camareros.

Allí estaba, como curioso, pero muy interesado, el segundo de Autry, el «boss».

Su jefe le había mandado con la especial misión de ver si su orden de asesinar a Winters era cumplida por los «killers» Paget y Randell.

Lo había presenciado todo, escondido en un portal, y ahora contemplaba el cadáver de Winters, con aire satisfecho.

Pero cuando desvió la mirada para ver quién era el que tanto empujaba, Glen Farrell, el segundo de Autry, quedó atónito, la boca

abierta, los ojos espantados.

Luego miró el rostro del muerto. Después el del recién llegado. Eran dos hombres exactamente iguales, aunque estaba uno vivo y el otro muerto. El rostro, la corpulencia, el color del pelo, todo, todo...

El recién llegado, lívido, estaba arrodillado ante el cadáver que tanto se le parecía, que era exactamente igual a él.

Y el «maitre», los camareros, los curiosos todos, miraban con espanto al muerto y luego al recién llegado.

—¡Señor Winters! —gimió el «maitre»—. ¡No comprendo! ¿Es usted nuestro cliente de los fines de semana; o este otro...?

—Es mi hermano gemelo —murmuró, sordamente, el Winters vivo—. ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado? —Tenía cogida una mano de su hermano y la acariciaba suavemente—. ¡Norman, querido...!

Glen Farrell, el segundo de Autry, se escurrió de entre los curiosos, espantado. Alejóse con paso casi natural, haciendo grandes esfuerzos para no mirar atrás. Dio la vuelta a la esquina y entró en un bar.

—Un doble de «*whisky*» —pidió, con ansiedad, acodándose ante el mostrador.

Se pasó la mano por la sudorosa frente. Sacó un cigarrillo de un paquete que llevaba en un bolsillo, y lo encendió con mano temblona.

—¡Ese «*whisky*», diablos! ¡Cuando uno pide algo no es para que se lo sirvan al siguiente día!

El camarero lo acercó, con un gesto brusco. Farrell lo pagó. Bebió el contenido de dos grandes sorbos, casi sin respirar.

Sintió en su estómago el choque del alcohol, que le hizo reaccionar bruscamente, dándole fortaleza.

Fué a una cabina telefónica y penetró en ella. Cerró bien, y sacó un níquel, que metió en la ranura, marcando un número. Esperó un poco.

—¿Kim? ¡Aquí, Glen! Oye, agárrate... Se han cargado al tipo, pero esto es cosa de magia. El tipo no es uno, sino dos, ¿comprendes?

—¡Idiota! Ni tú mismo te entiendes —contestó la otra voz, impaciente—. ¿Qué dices? ¿Lo han hecho?

—¡Claro que lo han hecho! ¡Y de qué manera, chico! Pero te digo que el muerto es igualito que el otro. Vamos, que son gemelos,

o mellizos. ¡Vaya casualidad! Ha llegado el otro, y lo ha dicho. Ha dicho: «Es mi hermano gemelo». Y todos nos hemos quedado de hielo, mirando a uno y otro...

—¡Escucha, imbécil! —gritó Autry, frenético de ira—. ¿Quién es el que ha muerto? ¿El

«G-man»,

o su hermano gemelo, o lo que sea?

—¡Yo qué sé! No iba a preguntarle al vivo si era un maldito

«G-man»,

o lo era el muerto. Tienes cada cosa...

—¡Vuelve allá, y procura enterarte quién ha quedado vivo! Si ha sido el

«G-man»,

¡maldita sea!, la hemos hecho buena. ¡Anda, y entérate bien!

Colgó Parren la colilla en los apretados labios. Fué al mostrador y pidió, otro «*whisky*», ahora sencillo.

Fruncido el ceño, pensaba que, en efecto, buena la había hecho el jefe si el vivo era el agente del

F. B. I.

Con el hermanito muerto a balazos, buena bilis iba a criar el gigante...

Había más gente que antes ante la puerta del Rendezvous, y, además, dos coches de la Policía y una ambulancia.

Se acercó a los curiosos, metiéndose, entre ellos. Iban a levantar el cadáver, en una camilla, para entrarlo en la ambulancia. Estaba el Winters vivo suplicando a los camilleros entraran suavemente al muerto en el carruaje.

—Bueno, Tommy —dijo un hombre alto, ancho, con voz suave, cogiendo de un brazo a Winters. Y entonces supo Farrell que Tommy Winters era el agente especial del

F. B. I.

Ya sabes que haremos lo que podamos por dar lo suyo a los que lo hicieron. ¡Maldita sea, ya es casual que os parezcáis tanto! ¿No crees que lo mataron porque creían que eras tú? ¡Y luego, llegar él antes que tú, aquí!

Farrell ya sabía bastante. ¡Vaya lío que se iba a armar!

Se alejó de nuevo. Dio la vuelta a la esquina y siguió adelante. No quería entrar en el mismo bar. Pero halló otro un poco más

lejos. Fué al teléfono y llamo a Autry.

—¿Quién fue? —preguntó el «boss», con ansiedad, al reconocer la voz de Farrell.

—El

«G-man»

—contestó el segundo de Autry, sonriendo, con amargura.

—¡Menos mal!

—¡Anda éste! Menos mal... ¿Por qué? —replicó Farrell, asombrado.

—Porque nos le hemos quitado de encima, que era lo que yo quería —replicó Autry—. Anda, ven, que tenemos que hablar.

—¡Mi madre, estás como una chiva! —saltó Farrell, irritado—. ¡Te digo que el vivo es el

«G-man»!

El Tommy, hombre...

—¡Si te tuviera a mano, te rompería la cochina boca, por andar con acertijos, perro sarnoso! —aulló Autry, y Farrell oyó cómo golpeaba el tablero de la mesa de despacho, y unas risas, más confusas.

Los muchachos estaban corriendo la gran juerga con aquello entre el vivo y el muerto.

—¿A quién han matado Paget y Randell? ¿Al agente del F. B. I.,

o a su hermano gemelo? ¡Dilo si lo sabes, majadero!

—¡El vivo es el

«G-man»!

¿Está claro? ¡El vivo es el

«G-man»,

y ya puedes ir pensando en cómo estará y la que nos espera! Voy para allá. Cuelgo.

Salió a la calle, bufando de enojo. Autry se había vuelto loco, más loco de lo que estaba siempre, y no entendía lo que se le decía.

Tomó un taxi cerca de Washington Square. Hasta llegar a West 27th Street estuvo sometiendo a intenso trabajo a su mente. Lo veía pero que muy negro.

En primer lugar, Autry fue un imbécil al pensar que matando a un

«G-man»,

que se estaba poniendo, eso sí, bastante pesado, oliscando en el negocio de las drogas, iba a quedar todo resuelto.

A un

«G-man»

muerto sucedía otro, si no eran cien más, y con renovado coraje.

¡Pero matar a un hermano gemelo de un

«G-man»

era como intentar hacer cosquillas a una serpiente de cascabel!
¡Vaya lío que se iba a armar!

Se bajó más abajo del domicilio de Autry, por precaución. Dejó que el taxi se marchara, y anduvo las cien yardas de distancia. Luego entró en la casa, cerca del Chelsea Park. Hacía frío, y allí cerca del Hudson, mucho más.

Se encontró hacia la mitad de la oscura escalera con los «killers». Paget, el largo, subía ayudado por el pequeño Randell, que lo maldecía, mientras lo empujaba por detrás, como si fuese una mula terca.

—¡Hola, muchachos! —exclamó Farrell, llena de ironía la voz—. ¿A ver al jefe? ¡Fué un buen trabajo, palabra! Lo vi hacer. Sois de los buenos...

—¡Hola! —dijo Randell, sudando, en tanto intentaba acoplar el manojo de huesos que era Paget, como un muñeco desarticulado—. ¡Claro que fue un buen trabajo! Como nuestro. Pero éste —sacudido a Paget, que temblaba mucho—, que es un maldito degenerado... ¡Vamos, echa las piernas adelante, jirafa! Éste no vale ya para casi nada.

—¿Qué le pasa? —preguntó Farrell, riendo—. ¿Siente el miedo después de actuar? A muchos les pasa eso. Vamos, que el trabajo fue bueno. Os va a felicitar Autry, seguro.

—Está así porque necesita la «nieve», el muy degenerado. Y todavía quiere que yo sea como él —le empujó el último tramo de la escalera.

Farrell abrió con un llavín, riendo sarcásticamente.

¡Menuda se iba a armar!

Entraron los tres en el domicilio de Autry, donde también vivía Farrell. Los muchachos sé habían marchado y estaba solo el «boss», con un batín escandaloso de colorines, de lana color azul turquesa y vuelta de seda, en cuellos y puños, de marrón oscuro.

Kim Autry tendría unos treinta y seis años de edad. Era un tipo alto, esbelto, arrogante, elegante. Su rostro podía decirse, lo decían las mujeres que lo conocían, que era agraciado. Pelo castaño, leonado, muy largó por detrás y a los costados, bien peinado, a la moda.

Se levantó al ver entrar a Farrell en compañía de los dos «killers».

—¡Autry, por favor, deme eso! —gimió Paget, la cara innoble suplicante, a punto de llorar—. ¡Hemos hecho un buen trabajo! ¡Dame eso! ¡No aguanto más! ¿Contento? ¡Eso, por favor!

Autry sacó de un cajón de la mesa de despacho una caja de drogas y se la tiró a Paget, que la recogió en el aire. La miró, la besó con espectacular emoción, llenos de lágrimas los, ojos, y marchó a toda prisa a la contigua habitación.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Autry, mirando a Randell de pies a cabeza—. ¡Buen trabajo! ¡Magnífico trabajo! —sonrió, mostrando una hilera de dientes perfectos, mientras sus azules ojos despedían siniestros rayos—. Buen trabajo, ¿eh?

—Perfecto, jefe —dijo Randell, sentándose en un sillón, con aire cansado—. Dice Farrell, que lo presencié. Que lo diga él. Ninguna dificultad. Yo creía que los

«G-men»

sabían oler a distancia el peligro, pero como si hubiera sido un gazapo —rió socarronamente.

Luego, al elevar la mirada, se puso serio. Autry le estaba fulminando, feroz el gesto. Y Farrell le miraba despectivamente.

—Como un gazapo... —dijo Autry, apretando las mandíbulas—. ¡Lo que era, realmente, idiota! ¡Un pobre diablo! ¡Habéis matado a un pobre hombre, no a Tommy Winters, perros sarnosos! ¡Y todavía venís aquí a daros tono!

Randell dejó de chupar el cigarrillo, mirando, atónito, a Autry. Farrell sonreía, con regocijo, sentado en el brazo de otro sillón.

—Déjate de bromas, Autry —dijo el «killer», arrugando el ceño—. ¿Es que lo hemos hecho mal? El tipo ya no cuenta en este mundo. Cuatro balas bien dirigidas...

—¡Pero no a Tommy Winters, animal! —rugió Autry, manoteando, los ojos, saltones—. ¿Sabes lo que es un hermano gemelo? ¿O mellizo? ¿Lo sabes, enano? ¡Dilo!

—¡No te pongas así, encanto, o me enfadaré! —Randell arrugó el ceño, en sus ojos una mirada siniestra—. No sé lo que quieres decir. Nosotros hemos liquidado a un hombre cuyo retrato nos diste y cuyas señas físicas eran las que nos dijiste —sacó del bolsillo interior de la americana una fotografía—. ¡Ése fue el que cayó! ¿No es así, Farrell? ¿Lo viste? ¡Ése fue!

Regresó Paget, en su rostro magro, lleno de arrugas, pintada la satisfacción. Era otro hombre, aunque aún no le hacía efecto la droga y sí la autosugestión de tenerla en el cuerpo ya. Miró a Autry, a Farrell y a su compinche, con cierto asombro.

—¿Qué pasa, Autry? Os sentí gritar. ¿No estás conforme con el trabajo? Fué espléndido, palabra. Como nuestro, claro...

—La cosa es —intervino Farrell, a una seña de Autry, que parecía estar congestionado por la ira— que ha habido una confusión. Tommy Winters tenía un hermano gemelo, es decir, un hermano de su misma edad, que se parecía a él en todo: tipo, cara... En todo, vamos. Y al que habéis liquidado ha sido al hermano del «G-man».

¿Entendido? Llegó antes que el otro al restaurante, le visteis Igual, y ¡zas!, a tierra con él Eso es todo.

Paget y Randell se miraron, atónitos, la boca abierta, como si hubieran escuchado un divertido cuento para chicos. Autry los observaba con encono manifiesto, fumando un habano a largas chupadas.

—Tiene gracia —murmuró Randell, encogiéndose de hombros—. En mi vida he oído cosa igual. ¡Iguales los dos! Claro, nosotros qué sabíamos. ¿Tú nos lo advertiste, Autry? «Cuidado, que son dos tipos iguales». No nos lo dijiste...

—Claro que no —afirmó, con energía, Paget, moviendo la cabeza—. Tú nos diste la fotografía, y agregaste que era un tipo más alto que yo, diez veces más fuerte. «He aquí el tipo», dijiste. Y al tipo le tiramos. Si eran dos, como si son tres, mira éste —se encogió de hombros, despectivamente.

—¡Pero, idiotas, la cosa es que Tommy Winters sigue viviendo! —gritó Autry, exasperado, manejando el largo habano como si fuera una pistola—. ¡Yo qué sabía si tenía un hermano igual a él!

—¡Ni nosotros; ni teníamos por qué saberlo! —gritó Randell—. A nosotros se nos señala el tipo, y el tipo cae. La pasta, y a otra

cosa. Y venimos por la pasta, Autry. La otra mitad, vamos. Los quinientos «pavos»...

—¡Yo os pago por quitarme de encima a Tommy Winters, no a su hermano! —aulló Autry, pálido de rabia—. ¿Lo habéis hecho? ¿No? Pues entonces...

—Un momento, jefe —intervino el astuto Farrell, levantando una mano—. Aquí hay un equivoco, o como se diga. Estos chicos han cumplido lo que se les mandó hacer. Han matado a un hombre señalado de antemano. Lo hicieron a conciencia...

—Ésa es la fija, hermano —intervino Randell, con entusiasmo—. A conciencia. «Ése es el tipo, y el tipo cae». Si tú, Autry, no sabías que eran dos tipos en uno, a mí no me cuentes nada. Ésa es la fija.

—Además que, si te explicas —movió los dedos Paget significativamente, guiñando un ojo—, podemos ir por el otro. Pero asegúrate de que no son una docena de hermanos gemelos, o como se diga eso. Por nuestra parte no hay problema. ¿No estoy en la razón?

—¡Bueno estará Tommy ahora, con el hermano muerto! —exclamó Autry, con sarcasmo—. ¡No digáis sandeces! ¡He puesto al descubierto mi juego, y ése hombre querrá matarme! ¡Es el F. B. I.!

II



Winters, el agente del
F. B. I.,

que vivía porque su hermano pereció por él, en un error fatal, estaba en la sala donde yacía Norman, el hermano muerto.

Sentado a su lado, el inspector jefe de la División neoyorquina, Race Haigh, varios agentes más y el teniente de la Brigada de Homicidios de la Metropolitana, Multon.

Había grandes pausas de respetuoso silencio. Tommy, con su serio rostro, todo afeitado, afable, grave, fijaba la mirada de los castaños ojos en su hermano.

A veces tosía nerviosamente el inspector, fumando incansablemente, una expresión de condolencia en su cara colorada.

N la Morgue, Tommy

Se levantó para estirar un poco las piernas.

—Tommy —dijo su camarada Flint, en tono bajo, acercándose a él—, ya he hablado con tu cuñada. Vendrá mañana por la mañana, en el primer avión, desde Philadelphia.

—Ya —murmuró Tommy, suspirando hondamente—. ¡Pobre Mary!...

—Sí, claro —murmuró Flint, moviendo la cabeza—. Quiso saberlo todo, en vez de poco a poco, como me dijiste. Las mujeres intuyen las cosas a cien millas. Pero parece una mujer fuerte, ¿eh?

—Lo es. Norman era todo bondad, y ella lo manejaba bien. ¡Dios, se querían a rabiar! Pero sé por qué, me parece que ella me va a tomar odio...

—¿Odio? ¿Por qué? —preguntó Spencer, asombrado—. No me digas eso...

—Ella no quería que yo entrase en el

F. B. I.

Que si era muy expuesto, que si el sueldo no merecía la pena, la exposición... Me quiere mucho, la buena Mary. Y ahora sacará la consecuencia de que con parecemos tanto y ser yo del

F. B. I.,

las cosas han hecho esto. Fatalidad, claro...

—Claro. Fatalidad. Ella lo pensará así, Tommy. Sobre todo, el ser iguales.

—Y el que yo sea del

F. B. I.,

no digas. Yo tengo que correr los riesgos. Si fuera un agente de publicidad, como lo era él, no habría ocurrido esto. Y ella lo pensará y me mirará con odio. Le dije a Norman que viniera a verme, y vino. Un par de días de hablar de nosotros, de vernos. ¡Y lo matan creyendo que era yo!

—Quítese esa idea de la cabeza, muchacho —dijo el inspector Haigh, que había oído lo que decía Winters—. Es absurda, ¿no comprende? Usted no tiene la culpa de nada, ni su hermano, ni nadie. Solamente esos canallas.

—Esos canallas. Es verdad, señor —afirmó Tommy, apretando los puños, enormes—. Los que creen que con matarme se podrían sacudir las pulgas. Tengo la intención de que lo paguen muy caro.

El teniente Multon, de Homicidios, de la Policía, se acercó al

inspector y lo llevó a un rincón de la amplia estancia.

—Me parece que habrá tenido en cuenta —dijo a Haigh, en tono quedo— que lo ocurrido al hermano de Tommy ha sido un accidente casual, pero que no por eso la vida del muchacho sigue menos amenazada...

—He pensado en ello, en efecto. —Haigh hizo un gesto de preocupación—. Iban por él, desde luego, y seguirán yendo. Se trata, como ya le dije, de que estamos bien metidos en una embestida contra los de las drogas. Le encargué la misión principal a Tommy, y ya ve. Han ido por él sin rodeos.

—¿No sospecha de quién ha partido esa descabellada idea de liquidar a Tommy? —preguntó Multon, aceptando un cigarrillo del inspector.

—Indicios, Multon, indicios. Hay cientos de tipos que se dedican a eso. Es una plaga maldita. Podríamos hacer una selección, quizá, con la ayuda de algún confidente, de aquéllos más importantes que pudieran haber sentido el peligro más cerca y cometieron esa enorme pifia de querer matar a uno de los nuestros. Pero, de momento, estamos a oscuras.

—Sabe, señor Haigh, que nosotros pondremos de nuestra parte lo que podamos para ayudarles, particularmente, estimo en alto grado a Tommy, y no le regatearé mi asistencia. Otra cosa, inspector...

—Gracias, Multon. Me agrada enormemente que la Metropolitana nos preste su ayuda moral y material. Esto de las drogas hay que cortarlo de raíz, yugularlo. Pero, me iba a decir algo, ¿no?

—Sí. ¿Piensa seguir Tommy con este asunto, después de lo ocurrido? Temo que, por vengar a su hermano, y sería una reacción lógica, ¡diablos!, se meta a fondo y eso le haga perder su habitual ponderación, y hasta que facilite a esos tipos la ocasión de liquidarlo. ¿No cree?

—También he pensado en eso, Multon. Tenía idea de dar un permiso al muchacho, para alejarlo del lío, claro, basándome en que tendrá que atender a su cuñada y sus hijos, en Philadelphia. Un mes allá creo que nos vendría bien a todos, y en tanto yo lanzaría a fondo a mis muchachos para aplastar a quien hizo esa canallada. Pero me temo que Tommy, que no es tonto, se huelga la tostada y

quiera seguir adelante, con renovado ardor, ahora que le han matado al hermano.

—Yo también lo creo así. Habrá que protegerlo especialmente, entonces. ¿Quién es esa chica que ha entrado?

—¡Ah! —sonrió el inspector, con malicia—. Algo estupendo, teniente. Una exladrona. ¿Ha visto criatura más linda que ella? Vale su peso en diamantes. Trabaja, a veces, para nosotros. Se llama Jayne Mansfield.

Había entrado, en efecto, una muchacha alta y esbelta, vestida con sencillez, llevando un ajustado abrigo de color azul oscuro, que resaltaba su arrogante apostura.

Tenía una cabellera rizada, rubio ceniza, muy bien peinada, corta. Su rostro era muy bello, gracioso, inteligente, expresivo.

Se había detenido a la entrada de aquella sala, en cuyo centro yacía el féretro que contenía el largo y robusto cuerpo de Norman Winters.

Al ver a Tommy, avanzó, presurosa, tendiéndole ambas manos, en un gesto de silenciosa pesadumbre.

—Me lo ha dicho su compañero Hayde, y he venido —miró al cadáver, con asombro, y luego a Tommy, que, en pie, muy pálido, retenía sus manos—. ¡Pobre muchacho! —dijo en tono suave, grave—. Igual que usted. Por eso le han matado, ¿verdad? Le confundieron...

—Sí. Le confundieron. Gracias, Jayne, por su atención —contestó Tommy, emocionado—. Siéntese, aunque esto... —señaló con un gesto la estancia.

Se sentó ella, y Tommy la acercó una silla, sentándose a su lado. Pero al ver al inspector Haigh se levantó y fue a saludarlo, regresando al lado de Tommy:

—Winters —dijo ella, quedamente, mirándole compasivamente—, sabe que somos buenos amigos. Mi memoria es excelente, y nunca olvidaré que usted me hizo enderezar el rumbo de mi vida. Me avaló cuando salí del penal, me ayudó...

—No merece la pena hablar de eso, Jayne —interrumpió Tommy con voz cálida, ofreciéndole un cigarrillo, que ella aceptó.

Los encendieron, y siguió un corto silencio.

—He trabajado para ustedes en algunas ocasiones, valiéndome de los conocimientos que tengo entre esas gentes, con las que

conviví... En fin, de algo me ha valido. Dicen que no hay mal que por bien no venga. Ahora, Winters, personalmente, dígame si puedo hacer algo en su favor. Lo que sea. ¿Va a seguir con eso de las drogas, de que me habló?

—Seguiré. Aunque Haigh pretenda quitarme de en medio. Los que han matado a Norman no se van a ir de rositas, palabra. —Winters arrugó el ceño, y Jayne vio en su mirada algo siniestro—. Gracias por su ofrecimiento, Jayne. Ahora no sé, realmente, lo que voy a hacer. Mi pobre cuñada viene mañana, y va a ser todo muy terrible.

—Bien. Yo, Tommy, deseo ayudarlo cuanto pueda. Por afecto, que es mucho, bien lo sabe, y porque me es especialmente odioso todo lo que se refiere a las drogas, a su tráfico, a sus consecuencias. Mientras usted atiende a sus asuntos particulares, voy a comenzar esta misma noche a trabajar.

—Pero, Jayne, no está usted al tanto... —dijo Tommy, conmovido, mirando con cariño a la bella muchacha—. Creo que se lo agradezco sinceramente, pero debe usted reservarse...

—Nunca mejor ocasión que ésta para corresponder a todo cuanto usted ha hecho por mí, Winters, y lo que sigue haciendo —respondió ella, con decisión—. No podrá nunca comprender el bien que usted me ha hecho al sacarme de aquella situación. Nunca podrá, tampoco, darse una idea exacta de lo que yo se lo agradezco. Entre ser una mujer honrada o una cualquiera... Yo lo sé bien. Voy a ayudarle, en definitiva.

—Espere. —Winters hizo un gesto con la mano al inspector, que charlaba con el teniente Multon—. Habrá que enterar al jefe.

Se acercó Haigh, que dio un golpecito amistoso en un brazo a Jayne Mansfield, sonriéndola.

—Jefe —dijo Tommy, acercando otra silla más, invitando a Haigh a sentarse—. Jayne desea ayudarnos, colaborar en este asunto...

—Lo hago desinteresadamente, señor Haigh —dijo ella, interrumpiendo a Tommy—. Me siento muy desgraciada con lo ocurrido a Winters. Somos muy buenos amigos, y los amigos buenos son para las ocasiones graves. Por otra parte, lo de las drogas me es odioso, y para acabar con ello me presento voluntaria.

—¡Ah! —Haigh miró la punta de su cigarrillo, inclinado hacia

adelante, pensativo—. Gracias, Jayne. Todos en la División sabemos lo excelente muchacha que es usted. Sin tratar de halagarla, por supuesto. Pero encuentro su oferta un tanto peligrosa, aunque sé que sabe valérselas por sí misma para salir adelante. Lo digo porque me parece que no está usted bien introducida en los medios importantes entre los traficantes de drogas. ¿No es así?

—Inspector, bien sabe usted que el hampa tiene múltiples facetas. Son las especialidades, quiero decir. Los ladrones... como lo fui yo. Los asaltantes de joyerías, la trata de blancas, la «protección»...

—Comprendo. Siga, jovencita —dijo Haigh, sonriendo.

—Pues bien, entre todos esos medios están los que, según las circunstancias, van de una especialidad a otra, siempre que no sea incompatible. Un vulgar ladrón o ratero no será nunca un «killer». Le repugna matar. Yo conozco y trato a tipos que abarcan muchas especialidades. Me relaciono con ellos, indago, busco... ¿Entendido?

—Entendido —dijo Tommy.

Haigh hizo un gesto afirmativo, a su vez.

—Queda el que ustedes me digan, si lo creen pertinente, cómo llevan ese asunto y por qué creen que han reaccionado de esta forma salvaje y estúpida esos hombres, que será una banda de alguna importancia.

Haigh puso al corriente a Jayne de cómo se llevaba el asunto, que solamente estaba en sus comienzos.

Tommy indicó que su búsqueda aún no se había localizado sobre persona alguna, aunque conocía algún nombre, alguna referencia.

—Ellos van afinando mucho en la organización —dijo Haigh—. Ven en serio peligro su comercio, y se modernizan, adoptan medios de defensa y hasta organizan servicios de contraespionaje. Supongo que el querer matar a Winters ha sido debido a que se olieron que estábamos investigando. Han respondido brutalmente, pero eso indica lo peligrosos que son.

—Ellos saben que usted —dijo Jayne, mirando a Winters— está tratando de descubrirlos; eso es indudable. De no ser así, no habrían dado ese golpe desesperado. Han cometido el error de matar a su hermano, pero no lo perderán a usted de vista. Lo malo es que le conocen a usted, y usted no los conoce.

—Winters se irá un mes a Philadelphia para arreglar los asuntos

de su hermano, que residía allí —dijo Haigh, con firmeza—. Lo he decidido, muchacho. Necesita ayudar a su cuñada, a los hijos de Norman...

—Mi cuñada tiene dos hermanos que viven también en Philadelphia —repuso, hoscamente, Winters—. Yo iré un par de días solamente, y regresaré. He de decirle, jefe, con todo respeto, que no intente apartarme de este asunto. Si me obliga a estar un mes apartado, trabajaré particularmente. Los que han matado a mi hermano deben pagar su culpa.

—Bien, Winters. Comprendo sus sentimientos. Hablaremos de esto cuando su hermano sea enterrado, mañana. Tómese el tiempo que necesite para atender a su cuñada. Luego, hablaremos. No antes.

—Me marchó —dijo Jayne, levantándose—. No iré al entierro de su hermano, Winters. Me agradaría hacerlo, pero no quiero que me vean con ustedes. Ya le telefonearé, o lo veré —le tendido la mano, mirándole con ternura—. Resignación, Tommy, y también esperanza en que los culpables paguen su odiosa culpa. Adiós, inspector.

—Adiós, muchacha —dijo éste, sonriéndola con afecto—. Suerte, y no se meta en líos sin consultamos antes. Denos informes, datos, pero no se meta en situaciones peligrosas.

—Adiós, Jayne —dijo, a su vez, Tommy, cogiéndola ambas manos y mirándola con ternura—. No se exponga. Para mí, particularmente, sería muy penoso...

—Gracias, Tommy. Adiós.

Salió ella con paso vivo del edificio sombrío de la Morgue, y buscó un taxi, que halló cerca de allí. La noche era más fría, aún que por el anochecido. Miró el reloj de pulsera y vio que aún no eran las doce.

El taxi la dejó ante una casa bastante vieja, a la otra orilla del río East, en Kent Avenue, Queens, al lado del puente de Williamsburg.

Vivía allí Anita Fisher, que también trabajaba a veces como confidente del

F. B. I.

Esta entidad, dependiente del Departamento de Justicia, las había hecho conocerse y ponerse de mutuo acuerdo cuando el caso lo

requería.

El piso de Anita Fisher estaba bastante bien puesto. Ella era periodista, «columnista» de modas en un acreditado «magazine», y tal cosa la permitía tener amplios conocimientos personales, incluso en los medios en que la moralidad no hacía acto de presencia.

A los ojos de los maleantes, ella había estado procesada y encarcelada por haber tratado de extorsionar a varias personas honorables, de quienes, obtuvo informaciones secretas e íntimas, que luego trató de cotizar muy alto si tales personas honorables no deseaban que en las páginas del «magazine» no aparecieran como noticias escandalosas. Chantajista, en una palabra.

Anita Fisher era una linda criatura, de unos veinticinco años, de mediana estatura. Poseía un rostro de «vamp», al estilo de Hollywood, y era morena, de pelo negro y ojos azules, contraste que la favorecía mucho y la creaba infinitos admiradores.

Jayne llamó a la puerta de su piso, y ella abrió seguidamente.

—¡Hola, Anita! —dijo Jayne, un poco sofocada—. ¿Te ibas a acostar?

—Todavía, no. ¿Qué te pasa, que vienes como si te persiguiera el lobo feroz? —respondió Anita, mirándola con curiosidad—. Vamos, siéntate, toma un poco de café, y charlemos. No sucederá nada de particular, ¿verdad?

—Sucede, sí. Pero dame el café y un traguito de algo fuerte. Hace mucho frío, y tú vives al otro lado del mundo —contestó Jayne, recostándose en el cómodo sillón y encendiendo un cigarrillo que la ofrecía Anita.

Fue a la cocina la dueña del departamento, y en pocos minutos preparó café en un hornillo eléctrico. Entró en el gabinete con una bandeja que contenía dos tazas humeantes, dos copas y una botella de coñac francés Marteu.

—Esto entona, querida —dijo Anita, sentándose frente a ella, al otro lado de la mesita—. Me gusta más el coñac que el «*whisky*». Debe ser porque en París aprendí a conocer esta diferencia. El coñac da fuerza.

Anita era muy parlanchina, lo contrario de Jayne, y a ésta la ponía bastante nerviosa la charla insustancial de la periodista.

—Sí, sí, pero escucha ahora —dijo Jayne, con leve impaciencia—. Ha ocurrido algo bastante serio. ¿No te lo han dicho por

teléfono de la Redacción de tu «magazine»?

—¡Oh, no! —Anita puso cara de gran interés, aproximando la silla a la mesita—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha dimitido Eisenhower, acaso? Vamos, habla...

—Bueno, realmente, eso no es apenas noticiable en tu revista. En fin, un hermano del agente especial Winters ha sido asesinado. Un caso raro, chica. Verás...

Relató a su compañera en el arriesgado oficio de confidente del F. B. I., el extraño caso de la muerte de Norman Winters, por error, al confundirle los «gangsters» con el agente especial Tommy Winters.

—Yo conozco a Tommy —dijo Anita, muy impresionada, después de escuchar el relato de Jayne—. Buen chico. Un gigante simpático —suspiró, poniendo los ojos en blanco—. Me encantan los chicos grandes, aniñados, docilones, guapos... Pero, no me digas, ha sido una casualidad terrible la de ir el hermano, tan parecido, un poco antes que Tommy al restaurante. No sabemos dónde espera la muerte, es la verdad...

—Sí. —Jayne apretó los labios, impaciente—. Yo le debo mucho a Tommy, ya lo sabes. Me sacó del infierno en que me iba sumiendo. Le debo mucho, y quiero corresponder a su interés por mí. Voy a ayudarle a descubrir a quienes han asesinado a su hermano. He pensado también en que tú, sí puedes y quieres... sin compromiso, claro...

—¡Ah! —Anita dejó la taza medio llena sobre la mesita, grave su rostro, pensativo—. Comprendo la situación. Nos debemos al F. B. I., claro.

—Si no puedes, no lo hagas —dijo Jayne, viéndola vacilar un poco—. Te digo que esta vez es por ayudar al pobre Tommy. Lo va a necesitar, dado su estado de ánimo. Y como sé que tú estimas también el muchacho...

—Desde luego. Lo estimo, y hasta lo admiro, porque es un hombre íntegro. Me introdujo muy bien en el ambiente necesario para poder ayudar al F. B. I.

No creas que me echo atrás, querida. Dime qué puedo hacer.

—Lo que yo. Winters está investigando en la introducción y

venta de drogas. Te digo que me siento beligerante, belicosa, cuando se trata de las drogas. Tenemos que dar con el «gang» que ha cometido semejante salvajada. ¿Sabes quiénes lo han podido hacer? ¿Puedes investigar en ello?

—Las drogas... —Anita apuró el resto de la taza de café, y bebió media copa de Martell, arrugado el ceño, lo que le daba un aire malicioso encantador—. Creo que esos tipos son los mejor organizados entre todas las especialidades. Precisamente porque se los persigue a muerte. Creo que podré ayudarte —cerró los ojos, pensativa—. Tendrás que esperar a que brujulee un poco. Cosa de dos o tres días. Indirectamente, me parece que voy a poder ayudarte.

—De acuerdo. El inspector Haigh no quiere que nos expongamos a fondo en esto. Me lo ha dicho seriamente. Ellos quieren rematar el asunto. Así es que no profundices mucho, con riesgo personal tuyo.

—¿Les has dicho que has venido a verme? —preguntó Anita, encendiendo un cigarrillo y lanzando una nube de humo al espacio.

—No se me ocurrió hacerlo al tomar el taxi, fuera de la Morgue. Pensé que entre las dos podríamos hacer algo más efectivo y más rápido.

—Yo también lo creo así. Creo que me hubiera disgustado al saber que tú trabajabas sin haberte acordado de mí. En otros asuntos lo hemos hecho bien yendo juntas. En fin, querida, cuenta conmigo. Pasado mañana te llamaré por teléfono. Si sabes tú algo, dímelo, para ir de acuerdo.

—Eres una buena chica —dijo Jayne, levantándose y poniéndose el gabán y los guantes—. Y Tommy se merece que le ayudemos. Bueno —la tendido la mano, sonriendo con afecto—, quedamos en eso. Nos avisaremos cuando sepamos algo.

Quedó sola de nuevo Anita Fischer. Recogió las tazas y las copas sucias, las llevó a la cocina y las fregó. Ahora su rostro expresaba grave preocupación. Regresó al gabinete y encendido nerviosamente un cigarrillo, siempre, pensativa, entornados los ojos, los labios apretados.

Acercó la mesita al sillón donde estaba sentada y marcó en el aparato, sobre la mesita, un número. Esperó, fumando, mirando al techo, en actitud indolente, una pierna sobre el brazo del sillón.

—¿Kim? —dijo, cuando se estableció la comunicación—. ¿Kim

Autry?

—¡Hola, nena! ¿Qué hay? Estoy muy ocupado. ¿Cuánto quieres, di?

—Mucho, querido. También yo te voy a dar mucho, a cambio. Una noticia buena, buena. Ante todo, ¿habéis sido vosotros los que habéis liquidado al hermano de Winter? Con franqueza, Kim. Puedes confiar en mí...

—¿Sabes algo ya de eso? —inquirió Kim, la voz revelando asombro.

—Una, perfecta estupidez, y perdona que te señale así. Si me hubieras consultado, te habría dicho que no fueras bruto. Y, por añadidura, os equivocáis, claro que sin culpa vuestra.

—Bien. Para otra vez tendré en cuenta tu precioso consejo —repuso Kim, con voz resentida, impaciente—. ¿Qué otra cosa?

—Una cosa que te va a costar un par de miles de «pavos», pero que resultará barata por el lío que te va a quitar de encima. ¿Me los darás?

—Si merece tanto la pena... Bueno, sí. Tú lo vales, y mucho más.

—Gracias, querido. Te advierto que Jayne Mansfield, la confidente del

F. B. I.,

que está loca por Winters, se ha puesto en movimiento para localizaros. Ha venido a pedirme ayuda, y la he dicho que sí. ¿Sabes dónde vive? En el novecientos ochenta y nueve de Concord Avenue, en el Bronx, al lado del Concord Park. Es lista, de mucho cuidado, Kim, te lo advierto. Si la dejas...

—No la dejaré. Gracias, nenita. Agregó a los dos mil otros mil más.

III



UANDO llegó a su casa Jayne, era pasada la una de la madrugada. Tomó otra taza de café caliente, con un poco de «*whisky*», y se desvistió rápidamente, pues tenía frío y deseaba meterse en la cama.

Pero antes de acostarse llamó por teléfono a la Morgue, diciendo al que se puso al aparato pidiera al inspector Haigh acudiera a hablar un momento con ella.

—¿Qué hay, Jayne? —dijo el inspector poco después—. ¿Todavía anda por ahí, con el frío que hace? No cometa imprudencias, querida...

—Estoy ya en mi casa, señor Haigh. Quería saber su opinión sobre algo que he hecho, puesto que olvidé su autorización previa. He estado a ver a Anita Fisher, ya sabe...

—Sí, sí. ¿Qué ocurre con ella?

—La pedí que me ayudara. Este asunto requiere una acción rápida, segura. Ella está bien introducida. Me ha dicho que por Tommy, a quien estima mucho, me ayudará. ¿Qué le parece?

—Bueno... El caso es que si me lo hubiera consultado antes, la habría dicho que no, pero ya que está hecho, aceptémoslo. Es lista, desde luego, y en otras ocasiones ha trabajado bien. Pero... me gusta usted más como lo que es. Anita habla demasiado quizá. Bueno, adelante las dos.

—Siento que no le acabe de gustar lo que he hecho, señor Haigh —dijo Jayne, contrariada—. Pensé que movilizándonos todos...

—Sí, sí. Bien está. ¿Nada más, querida?

—Nada más. Buenas noches. ¿Cómo está Tommy?

—Figúrese. Buenas noches.

Colgó Jayne el aparato, en su rostro un rictus de desencanto. Era evidente que al inspector Haigh no le había gustado nada que interviniera Anita Fisher en el asunto aquel.

Sin embargo, Anita era eficiente, segura. ¿Por qué a veces los hombres del

F. B. I.,

se mostraban tan reservados, tan extraños e incomprensibles? ¿Tenían algo contra Anita?

Se acostó, ya un poco intranquila, dándole vueltas al asunto. Pero estaba cansada y se durmió pronto.

Hacia las cuatro de la madrugada, el largo Paget, con su flotante trinchera al viento helado, y el pequeño Randell, estaba ante el portal del edificio donde vivía Jayne.

Randell tenía varias «especialidades», una de ellas el robo con fractura. No se le resistía una cerradura, un cierre de tienda y hasta una caja de seguridad, si no era excesivamente complicada.

Para él, abrir un portal cerrado con llave era cosa fácil. Y manejando unas ganzúas y llaves maestras, en diez minutos tuvo franqueada la entrada.

—Queda la puerta del piso, con la niña dentro. ¿Tendrá el sueño ligero? —comentó Paget cuando entraron en el oscuro postal.

Apretó el botón de una linterna eléctrica, que iluminó lo bastante para señalar el comienzo de la escalera. Subieron despacio, sigilosamente.

—Es el cuarto, izquierda —dijo Randell con voz queda—. ¿Cómo

te encuentras ahora, espantajo?

—Magníficamente —repuso Paget, detrás de él—. Me puse tres, y tengo para un buen rato. No sabes lo bueno que es, compadre. Debieras probar...

—Estamos —dijo Randell al llegar ante la puerta del piso de Jayne—. Alumbra tú. ¡Te está temblando el pulso, idiota! ¿Ya empiezas? Yo creo que lo que tienes es miedo. Por eso se te pasa tan pronto el efecto de los pinchazos. ¡Si no alumbras bien, no veo, espantajo!

El pequeño sacó una llave maestra, la engrasó bien y la introdujo en la ranura de la cerradura. Paget, el largo, le observaba, la linterna iluminando la cerradura.

—Es sistema «Yale». No vale gran cosa —maniobró hábilmente durante un par de minutos—. Ya está... —empujó suavemente, la puerta, atento a que fueran, a rechinar los goznes de sustentación—. ¿Qué tal te encuentras?

—Magníficamente, te digo —afirmó el largo Paget—. ¡No me estés dando la lata con eso, porque entonces me pongo nervioso y estoy perdido!

—Adelante. Ilumina con cuidado. Bueno, Anita dijo que el dormitorio está en la primera puerta, a la derecha, pasando este «*hall*».

Hablaban en un susurro. Sus zapatos, con suela de crepé de goma, no producían ruido alguno sobre el «*parquet*», cubierto con una alfombra.

—La alcoba de la niña —señaló Randell la puerta, pintada de esmalte blanco.

Puso la mano enguantada sobre el pomo, y muy lentamente lo manejó. La puerta, sin ruido, fue abriéndose. Dejó sitio para pasar los dos.

—Ilumina —dijo Randell, más con el gesto que con la voz—. ¡Con cuidado! Ya sabes, ¿eh? El golpe, y luego la carga. ¿Tienes preparada la jeringuilla?

—Sí. ¡Lástima de «nieve» que se va a emplear! Yo repetiría los golpes hasta dejarla acabada, en vez de lo otro —contestó Paget, el largo, en tono plañidero.

—¡Vamos, animal! —Randell le miró ferozmente—. Adentro. ¿Y tus nervios?

—¡Maldito seas! ¡Te digo que magníficamente! ¡Adentro, y acabemos!

La alcoba era de reducidas dimensiones, con una alfombra sobre el suelo del «*parquet*».

Tenía el lecho, donde dormía plácidamente Jayne, un sillón, un armario de luna de dos cuerpos, una mesita con un aparato telefónico y un aparato de radio y una silla, donde estaban, un poco en desorden, las ropas de la muchacha.

Randell hizo una seña a Paget, que envolvió el foco de la linterna en un pañuelo, disminuyendo así la luz, tamizándola. El largo, entonces, hizo pasar la luz por la cama, que señalaba el edredón, y bajo él la forma desvaída del cuerpo de Jayne.

El rayo de luz subió despacio por el edredón hasta el embozo, y luego más arriba. Randell tenía en la mano una porra de plomo cubierta con un trapo grueso.

—¡Qué chica más preciosa! —siseó Paget, el largo, cuando, de costado a la cama, la luz iluminó el rostro de Jayne—. ¡Qué... lástima!

Randell le hizo un gesto imperioso de silencio. Se inclinó; el brazo con la porra en alto.

Jayne dormía profundamente, bien arropada bajo el embozo, la maravillosa cabellera rubio ceniza esparcida por el almohadón, donde reposaba la cabeza.

El pequeño Randell descargó el golpe, preciso, seco. Jayne no hizo movimiento alguno. Un leve estremecimiento solamente.

Paget, el largo, giró como si el golpe lo hubiera recibido él estando despierto.

—Ahora tú —dijo Randell en voz más alta—. Date prisa, antes de que vuelva en sí. ¡Vamos, tipejo! ¡Qué sentimental te estás volviendo!

—No me gusta meterme con las mujeres para liquidarlas —dijo Paget con voz temblona, sacando una jeringuilla bastante grande, llena hasta arriba de un líquido incoloro—. ¡No me gusta, digo! Y, además, es tan preciosa... ¡Lástima de «nieve»!

Puso la aguja en la jeringuilla, bajo la vigilancia de Randell, que le miraba severamente.

—¿Será bastante dosis ésa? —preguntó el pequeño—. No sea que pasadas unas horas se despierte, tan tranquila.

—Para mí sería muy poco —contestó Paget, dejando al descubierto un brazo de Jayne—. Pero para ella, que supongo no estará habituada a las drogas, es mortal. Una muerte dulce, sin sentir nada. Una prolongación del sueño.

Randell volvió la espalda. Nunca le había gustado que le pincharan ni ver cómo pinchaban a otro. Se estremecía, sentía miedo, él que mataba con gusto.

—Lista —dijo Paget, el largo, mostrando la jeringuilla vacía a su compinche—. Dentro de pocos minutos... ¡Vámonos, Burt! ¡Vámonos! —Estaba muy pálido, desencajado, y comenzaron a temblar sus manos mientras guardaba el instrumento en un estuche niquelado, que metió en un bolsillo—. ¡Te juro que por nada del mundo vuelvo a liquidar a una mujer, y menos tan preciosa como ésta!

—Anda, espantajo. —Randell le empujó, con desprecio, hacia el «hall». Espera, que voy a telefonar a Autry, como nos ordenó. — ¡Pisa sobre la alfombra, idiota, y no dejarás las huellas de tus patas sobre la cera!

Marcó el pequeño un número en el aparato, mirando furtivamente, bajo la luz de la linterna que llevaba Paget, a Jayne, que estaba inmóvil, durmiendo, los ojos cerrados.

—¿Autry? —dijo la voz baja Randell, cuando se estableció la comunicación—. Aquí, Burt. La cosa está hecha. Facilísimo. Muy facilísimo...

—¿No era una hermana gemela de la interesada? —preguntó, sardónicamente, el «boss»—. Bueno, venid. ¿Está ya... muerta? ¡Miradlo!

—Voy a verlo —dijo Randell, dejando el micro teléfono sobre la mesita.

Fué a la cama y tomó el pulso a Jayne en una muñeca. Paget le miró, con rabia, como si su compinche cometiera un acto sacrílego. Volvió al aparato:

—Está. No hay pulso. Si no lo está todavía, lo estará dentro de dos minutos. No ha sufrido nada. ¿Algo más, jefe?

—Nada más. Venid derechos aquí —cortó la comunicación Autry.

Randell suspiró, colgando. Fijó la vista en Paget, el largo, que estaba recostado sobre el umbral de la puerta, muy baja la cabeza,

estremeciéndose.

—¿Qué te pasa, hombre? —Fue a él y le dio con el revés de la mano en una mejilla. Paget se estremeció de rabia, apretando los labios—. ¿Qué te pasa, imbécil? ¿Se esfuma el efecto de los pinchazos? Ya hemos acabado, hombre. ¡Vámonos!

—¡Somos dos hijos de perra, de perra! —aulló Paget con voz estrangulada, temblando todo él, las manos abiertas, como zarpas, crispadas—. ¡Matar a una criatura como ésa, tan..., tan bonita, tan inocente! ¡Ni por cien mil «pavos» vuelvo a hacerlo! ¡Es lo último, Burt, que puede hacer un hombre! ¡Pero nosotros no lo somos! ¡Hijos de perra rabiosa, es lo que somos!

Randell lo zarandéó violentamente, pese a su escasa estatura, para sacar de la crisis de nervios, terrible, que sufría, a su compinche. Lo empujó hasta el «*hall*».

Paget, como un muñeco de guiñol manejado por los hilos del artista, caminaba con las piernas desarticuladas, grotesco en su trinchera; arrollada al escuálido cuerpo.

—¿Tienes más «nieve»? —preguntó a Paget, obligándole a sentarse—. Ponte otra carga, idiota. ¡Ah! ¡Tú vas a acabar muy mal! Habrá que liquidarte si sigues sintiéndote sentimental. Un hombre así acaba por presentarse ante, la Policía, lloriqueando y cantando como un canario.

Paget se puso otra inyección. Randell lo miraba compasivamente, con desprecio. Pasaron tres minutos. Paget, el largo, se levantó. Estaba tranquilo, y sonrió forzosamente.

—Vamos —dijo a Randell—. Vámonos de aquí. Me encuentro otra vez magníficamente. Pero, te lo repito, que no me digan que haga esto de nuevo. ¡No quiero, no quiero!

Salieron del piso, bajando la escalera despacio, sin producir ruido. La puerta del piso la dejó Randell cerrada, normalmente. Como si no hubiera entrado nadie. Lo mismo hizo con la puerta del portal.

Entraron en el coche que Autry les prestó. Se puso al volante Randell, no satisfecho todavía del estado nervioso de Paget, que fumaba con ansiedad, cerrados los ojos, la cabeza reclinada en el respaldo del asiento.

El pequeño estaba un tanto preocupado por la extraña reacción de su compinche ante el asesinato de Jayne. ¿Sería posible que

aquel degenerado, hundido hasta el cuello en el crimen, tuviera un resto de conciencia, que se fuera agrandando hasta no dejarlo en paz?

A las ocho y media de la mañana, Joan, la asistenta por horas de Jayne, llamó a la puerta, oprimiendo el botón del timbre. Siempre iba a las ocho y media.

Jayne salía hacia las nueve y media, para llegar a las diez a la famosa 42nd Street, la arteria donde se encontraban los espectáculos y variedades y, clubs de noche.

Era contable en el club de noche Guadalcanal, y trabajaba hasta las dos de la tarde. El

F. B. I.,

la hizo entrar allí, por medios indirectos.

Jayne podía, en aquel medio, enterarse de «cosas» útiles para su secreta profesión de confidente.

Joan volvió a llamar al timbre. Más prolongadamente. Por lo visto, la muchacha tenía el sueño bien agarrado. Iba a llegar tarde a la oficina del Guadalcanal.

Llamó de nuevo, extrañada, la asistenta. Otra vez, y otra. Y nada, que Jayne no abría.

Malhumorada, hizo subir el ascensor, se metió en él y apretó el botón de bajada. Fué a la cabina del conserje, que leía un diario.

—¿Ha salido la señorita Mansfield? —preguntó al hombre.

—¿Eli? No. No ha salido. La hubiera visto —respondió el conserje—. ¿Qué pasa? ¿Es que no tiene derecho la chica a volver una noche tarde y luego dormir lo que quiera? Y eso que es de las formales.

—Llamo y llamo, y no abre. Y hoy es día de trabajo, no domingo ni festivo —refunfuñó Joan—. ¿Seguro que no ha salido?

—Seguro. No me he movido desde que dieron las siete y media y abrí el portal. ¿Qué está pensando, mujer?

—¡Nada! —Se dirigió la asistenta al ascensor y subió en él hasta el piso ocupado por Jayne.

Oprimió el botón largamente, el ceño fruncido. Lo dejó para mirar con curiosidad el óvalo de metal donde estaba la ranura para meter la llave en la cerradura.

Tenía aceite, grasa, que tocó con la punta de un dedo. Se rascó

el mentón, pensativa. Joan era mujer lista, de unos cincuenta años, y sabía pensar atinadamente.

Hizo subir el ascensor de nuevo, se metió en él y bajó hasta la planta de entrada.

—Oiga, Tony —dijo con voz lúgubre, mostrando el dedo manchado de aceite—. Mire esto. Alguien ha engrasado la cerradura. Ayer no lo estaba. Lo sé bien. Y la señorita Mansfield no abre. ¿Me entiende?

—Ni palabra, pero diga de una vez qué está pensando —dijo Tony, mirando fijamente a la asistenta por encima de sus gafas.

—Que no me gusta que la señorita Mansfield no conteste, si es que no se ha marchado. Puede estar gravemente enferma, algún accidente, qué sé yo —repuso la asistenta—. ¿No tiene usted un duplicado de todas las llaves de los departamentos?

—Sí, pero no puedo meterme donde no me llaman, abriendo los pisos sin una causa grave —repuso el conserje, moviendo la cabeza—. Quizá no la he visto salir, aunque juraría la habría observado al pasar...

—Mire, déjese de cuentos y vamos a abrir. Si luego resulta que ella ha salido sin verla usted, yo la ofreceré mis disculpas. ¡Abra la puerta! —contestó ella en tono perentorio, invitando a Tony, con un gesto, a que se moviera.

El conserje, refunfuñando, obedeció. Subieron en el ascensor, y Joan mostró a Tony la ranura de la cerradura, engrasada.

—Eso lo hacen los ladrones, le digo —y se limpió el dedo en un pañuelo—. Vamos, abra de una vez.

Tony hizo funcionar la cerradura, y empujó la puerta. Ambos se miraron, como si se invitaran a penetrar el primero el uno al otro.

—¡Calzonazos! —murmuró ella, con desprecio.

Y se adelantó, con ademán resuelto, a Tony, que no ocultaba su inquietud, tal vez pensando que los ladrones todavía podían estar allí dentro.

Joan atravesó el «*hall*», abriendo una ventana que daba a la calle. No se notaba la menor señal de violencia allí. Empujó la puerta de la alcoba, y quedó en el umbral, inmóvil, muy abiertos los ojos.

Tony la observó y se acercó sigilosamente, latiéndole el corazón aprisa. Miró lo que Joan miraba.

—¡Vaya! —dijo con voz queda, un tanto sarcástica—. Durmiendo a pierna suelta... Para eso tanto teatro. Tiene usted la cabeza a pájaros.

—¡Calle! —contestó la asistenta, impaciente.

Avanzó paso a paso, como si temiera despertar a Jayne, inmóvil, muy blanca, los ojos cerrados. Tony la siguió, de nuevo sobrecogido por la actitud de Joan, tan misteriosa.

La asistenta se inclinó sobre el cuerpo de la muchacha, y, de repente, lanzó un chillido espeluznante, irguiéndose; los ojos espantados. Tony hizo ademán de huir, pero la curiosidad le hizo quedar quieto, anhelante.

—¡Muerta! —exclamó Joan, dando un paso atrás, las manos sobre el pecho—. ¡Muerta, Tony! ¡Me lo figuraba! ¡Por eso no contestaba, la pobrecita!

—¡Buen Dios! —exclamó Tony, atónito, avanzando hacia el lecho medrosamente—. Ha muerto solita, quizá de un ataque, sin oírla nadie si pidió auxilio... ¡Siempre me ha dado terror pensar que yo pueda morir así, abandonado, mirando a la pared, sin que una persona carita...!

—¡Calle! —exclamó Joan, rudamente. La tocó a Jayne en el brazo desnudo que salía sobre el embozo. Se estremeció, retirando la mano con presteza—. ¡Helada! ¡Hace horas que ha muerto, Tony! ¡Dios mío, la pobrecita!

Dio la vuelta a la cama para mirarla por detrás. Dos gruesos lagrimones le caían por, la cara a la compasiva mujer.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Tony, refregándose nerviosamente las manos—. Parece que no ha sido muerte, vamos, natural, ¿no? ¿Avisar a un médico, a la Policía?

—¡Calle! —chilló Joan imperativamente, levantando una mata de cabellos de Jayne, por la parte posterior del cráneo, y mirando fijamente—. ¡Venga, Tony, y mire esto!

—Basta que usted lo diga... —dijo Tony, nervioso, encogido—. ¿Qué es? ¡Oh Dios! ¡No me gustan éstos líos!

—¡Venga, calzonazos! —gritó ella, fulminándolo con la mirada—. ¡Vaya un hombre! ¡Si no va a ver sino un buen chichón que tiene ahí, detrás de la cabeza! ¡La han golpeado, Tony, se lo digo! ¡La han matado!

Tony se acercó y miró. Luego hizo un gesto afirmativo, dando un

paso atrás, espantado, la boca abierta.

—Esto ya no es cosa nuestra, Tony —dijo Joan resueltamente, moviendo la cabeza—. No toquemos, nada. Vea si la casa está vacía, si no hay nadie más en la ella.

—¿Yo? —Tony miró, a su alrededor, con terror—. ¿Quién va a estar, mujer? Se marcharían, oigo yo. ¿Por qué la han matado? Voy a avisar a la Policía.

Se acercó a la mesita y descolgó el micro teléfono.

—¡Al

F. B. I.,

Tony! —ordenó Joan, acercándose a él—. ¡Al

F. B. I.!

¿No sabe que éstos trabajan mejor, que valen más? La pobrecita señorita hablaba siempre del

F. B. I.,

con entusiasmo. ¡Vamos, marque ya, hombre de Dios!

Tony marcó el número después de mirar en la guía. Joan se había arrodillado ante la cama, frente al rostro muy blanco de Jayne, y rezaba nerviosamente, cerrados los ojos, las manos unidas y entrelazadas los dedos.

—¿Es la División del P. B. I? —preguntaba con voz débil Tony—. ¿Sí? Pues, mire usted, la asistente me dijo que...

—¡Aparte, calzonazos! —exclamó Joan, empujándole—. Mire, señor, la cosa es así —hablaba con voz atragantada.

—Tranquilidad, señora —dijo una voz afable, desde la División—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no llaman a la Policía? ¿Alguna muerte...?

—¡Eso! ¡Han asesinado a la señorita Jayne Mansfield...! —chilló Joan.

—¡Repita eso! —La voz de la División se hizo dura, perentoria—. ¡El nombre! ¿Quién ha sido la muerta?

—¡Jayne Mansfield, que vive en Concord Avenue, en el novecientos ochenta y nueve!

Joan miraba con susto a Tony, que escuchaba la conversación pegando un oído al micro teléfono que ella tenía en la mano.

—¡No toquen nada! ¡Vamos en seguida! —La voz de la División era terrible de dura, de emocionada—. ¡Que no entre nadie!

—Han colgado ya —dijo Joan, mirando a Tony con cierta

desilusión—. Vienen en seguida, y no hay que tocar nada. ¿No le dije yo que el

F. B. I.,

era mejor? Si avisamos a la Policía, se llena esto de «cops» preguntones, de tipos que todo lo manosean y manchan... ¡Ya verá lo que es el

F. B. I.!

Media hora después, el inspector Haigh, pálido, con seis agentes especiales, se detenían ante el lecho ocupado por el cadáver de Jayne, la leal confidente.

—Un chichón ahí, señor. Yo lo vi la primera —dijo Joan, oficiosa, señalando la cabeza de la muchacha—. La han golpeado hasta matarla. ¡Cómo está el mundo, válgame Dios! ¡Cuánta maldad y perversión!

—Aquí tiene un pinchazo, en la vena —señaló un agente el brazo desnudo, el izquierdo, de Jayne—. Han inyectado algo. No se nota que haya sido un tóxico fuerte, como arsénico, ácido prúsico u otro... La piel no está con manchas. Blanca...

—Ya lo dirá el forense —repuso Haigh con voz ronca, mirando fijamente el rostro pálido de Jayne—. ¡Pobre muchacho! Un golpe bien rudo...

—Puede colegirse que primero la golpearon estando dormida, en el cráneo, para luego inyectarla lo que la ha producido la muerte. Sus facciones no revelan dolor, ni asombro, ni miedo. Estaba dormida —dijo otro agente.

IV



las doce da aquella misma mañana, el avión procedente de Philadelphia tomaba tierra en Iddlewild suavemente. Tommy Winters esperaba en el andén de llegadas, las manos a la espalda, abierto de piernas.

Se destacó de entre los viajeros una figura grácil, airosa, joven, con un sombrero gris oscuro, que portaba un maletín. Una mujer elegante.

Tommy se movió, yendo hacia la cristalera, a su encuentro. Cuando ella entró, vio a su cuñado y se precipitó en sus brazos, sollozando quedamente. Apenas si ella le llegaba, con ser alta, al hombro.

—¡Tommy! —gimió Mary, la esposa del difunto Norman.

—¡Mary! —murmuró él, ahogando los sollozos.

Estaban apretados, abrazados, y los viajeros les miraban con curiosidad, apartándose para seguir su camino.

Se separaron, mirándose entre lágrimas. Mary, con extraña curiosidad, casi con incredulidad. Era muy bella, y tenía grandes ojos azules, ahora empañados por las lágrimas.

—¡Como él, Dios mío! —Y le echó los brazos al cuello, convulsiva, en nuevo llanto incontenible—. ¡Iguales, iguales!

—Vamos, querida —dijo Tommy suavemente, cogiéndola de un brazo—. Es la una y media, ya sabes. Hemos de darnos prisa. ¿Quieres ir tú?

—Sí, sí. Después me dirás... ¡Dios mío, no comprendo nada, no sé qué ha pasado!

Se dirigieron al coche que los esperaba. Un camarada de Tony estaba, al volante, y la saludó, murmurando unas frases de condolencia. Luego arrancó el vehículo, y el agente especial lo dirigió hacia Manhattan rápidamente.

—Ha sido el parecido —iba explicando Tommy, con voz un poco ronca, fumando nerviosamente—. El parecido. La fatalidad.

—¿Estabas tú en peligro, entonces? —murmuró Mary, mirando, extrañadamente a su cuñado—. ¡Dios mío, Tommy, esto es horrible! El parecido... ¡Iguales, mejor! ¡Pero si no me parece que él esté, muerto, y tú, igual que él!

—El parecido. Igual les sucedido a ellos. Los que iban por mí. Yo le dije a Norman que íbamos a cenar en un restaurante francés, en Greenwich Village. Estaba yo muy, ocupado, y él me dijo que me esperaba allí, para no molestarme. Se me adelantó muy poco. Quizá diez minutos. Y ellos le tomaron por mí por ser iguales, claro.

—La fatalidad, Tommy —repuso ella, enjugándose las lágrimas—. Y el pertenecer tú al

F. B. I.

Corriendo peligros siempre. Te lo dije, Tommy.

Tommy inclinó la cabeza, descubierta. El agente especial que conducía movió el espejo retrovisor para observar a Tommy, que estaba muy pálido, como anonadado.

—Sí, me lo dijiste —murmuró él ahogadamente—. Pero me gustaba, me gustaba, Mary. Uno tiene su vocación, comprende. No se puede mirar al tiempo que va a venir, lo que puede pasar. ¡Perdóname, Mary! —La cogió una mano y se la estrechó

fuertemente.

—No te culpo de nada, Tommy. Debes entenderme también tú —ella le miraba extrañamente, con incredulidad tremenda—. Ha sido la fatalidad, y nada más. Dios tenía marcado lo que Norman iba a hacer en este mundo. Lo ha dispuesto así. Aceptemos lo que nos envía. No te culpo de nada, por Dios. Te he lastimado...

—¿Y los niños? —preguntó Tommy, tras una pausa.

—Bien. No lo saben, naturalmente. Han quedado con Gladys. Te envían sus besos.

Ella sollozaba sin cesar. Tommy la apretó contra su amplio pecho, las manazas abiertas, nerviosas, dando palmadas cariñosas.

Cruzaron el río por un puente, entrando en Manhattan. Callaban los dos ahora. Ella, de cuando en cuando, levantaba la cabeza y le miraba extrañamente, incrédula, y entonces sollozaba más fuerte.

—Estamos, Tommy —dijo el agente especial que conducía, bajándose del coche y abriendo la portezuela para que saliera Mary Winters.

—Es la Morgue —dijo Tommy con voz apagada, cogiéndola de un brazo.

—¿Le han... deformado mucho? —preguntó ella, subiendo la escalinata con paso vacilante.

—No, no. Solamente unas sondas para sacar las balas. Eran cuatro. ¡Los muy canallas! ¿Quieres verlo, de veras?

—Sí, sí. Lo peor ha sucedido ya, que era saber que me lo han matado. Quiero verlo, ir con él hasta donde lo dejen descansando. Ya sabes que soy fuerte, aunque esto es superior a toda fortaleza.

Entraron en la sala donde se encontraba el féretro con el cadáver de Norman Winters, Mary se acercó lentamente, cayendo de rodillas ante el cuerpo de su marido muerto.

Tommy, en pie, detrás de ella, la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneció silencioso mientras Mary rezaba.

Varios agentes especiales permanecían agrupados al otro extremo, igualmente silenciosos.

Mary se levantó, sollozando quedamente. Miraba a su marido, y, de repente, se volvió para fijar sus ojos en Tommy. Luego, de nuevo sobre el rostro de Norman.

—Igual... —murmuró débilmente—. Yo misma me habría engañado, de estar los dos juntos. Quién era mi Norman y quién tú.

Por eso lo mataron a él.

Varios empleados de la Morgue, con otros de la agencia de servicios fúnebres, entraron. Tommy apartó a Mary, no sin que ésta, antes de cerrar la caja mortuoria, besara la pálida frente del que fue su marido.

Cuando todos salían, llegaban dos hombres transportando una camilla sobre la que había un cuerpo.

La sábana que lo cubría, al ceñirse a la figura de la persona que era transportada, revelaba ser del sexo femenino. Dejaron los dos hombres la camilla ocupada sobre el suelo.

Varios agentes del

F. B. I.,

se miraron con azaramiento, y rápidamente se interpusieron entre la camilla y Tommy, que se había vuelto para ver lo que ocurría.

—Salgamos —dijo el agente Scrubb, empujando por un brazo a Tommy—. Se va haciendo tarde.

De esta forma Tommy no pudo saber que el cuerpo femenino que acababa de ser llevado en la camilla era el de Jayne Mansfield.

Él entierro se verificó en el gran cementerio Calvary, en Queens. No asistió a esta ceremonia el inspector Haigh, pese a que había dicho que iría.

Una docena de agentes especiales y amigos de Tommy le acompañaron, y se inició el regreso a Manhattan.

—¿Y el jefe? —preguntó, un poco extrañado, Tommy.

—No ha podido venir. Me ha dicho que lo dispensaras. Ha surgido algo urgente, ya Sabes. ¿Vas ahora a tu casa con tu cuñada?

—Sí. Está necesitando un poco de descanso. Se marchará mañana, según me ha dicho. Entonces me pondré yo en marcha.

Apretó los puños, enormes, y en sus ojos brilló como una luz extraña, siniestra.

En un, coche, conducido por otro agente especial, Tommy y su cuñada fueron llevador al domicilio de éste, en el 1257 de la 87th East Street.

Mary, como toda mujer curiosa, recorrió el apartamento de su cuñado, que constaba de algunas habitaciones, espaciosas.

—Es grande —dijo, mirando a Tommy fijamente—. ¿Vives tú aquí solo?

—Sí, claro —respondió él, un poco extrañado—. Viene a hacer

la limpieza una mujer. Yo hago las comidas en un restaurante cercano. Tengo una alcoba para huéspedes, como habrás visto, y en ella puedes descansar tú. Estás necesitada de hacerlo. He mandado que traigan aquí comida, para no llevarte al restaurante.

Ella, mujer enérgica, decidida, después de asearse dispuso todo para la comida. De cuando en cuando, de reojo, miraba a Tommy, que, sentado en un sillón, los ojos cerrados, parecía estar entregado a sus reflexiones.

—Vamos a comer —dijo ella al fin—. No creo que pueda tragar cosa alguna, pero beberé café caliente. Anda, Tommy, querido.

La comida fue dejada casi toda sobre la mesa. Ninguno de los dos sentía el menor apetito, pero tomaron varias tazas de café caliente, y Tommy agregó un par de copas de coñac, como estimulante.

—Acuéstate ahora —dijo él a su cuñada, que se había sentado en un sillón, recostada la rubia cabeza sobre el respaldo.

—Sí, Tommy. Espera... —Se incorporó sobre el asiento y tomó un cigarrillo de los que había en un estuche, sobre una pequeña mesa—. Quiero decirte algo antes. ¿Te cansa hablar, querido? Acuéstate tú también. Has pasado la noche entera sin dormir, junto a Norman...

—No tengo sueño. Tengo costumbre de descansar cuando puedo. Cosas del servicio, sabes. Habla, si quieres.

Ella vaciló, mirando a su cuñado con ternura. Lanzó una bocanada de humo por entre los labios rojos, sensuales.

—Tommy... —dijo con voz vacilante, llena de emoción—. He pensado... Todo esto es espantoso, ¿verdad? Me encuentro con un hogar destrozado, al faltar Norman. Mi pequeña Mary, mi Tom... —Rompió a llorar, dejando caer al suelo el cigarrillo.

Tommy lo recogió y lo dejó sobre el cenicero. Después hizo que Mary, llevándola de un brazo, se sentara sobre un diván, haciéndolo él también. Guardó silencio, pensativo, fumando.

—He pensado no seguir viviendo en Philadelphia —siguió ella, cuando se tranquilizó un poco—. Es demasiado horrible para mí estar en casa sin verlo más, sin oír su voz, igual que la tuya, Y los niños, Tommy, adoraban a su padre. ¿Cómo le digo que jamás volverán a verlo, a jugar con él?

—Claro. Ellos no pueden pensar, como lo harás tú. Encontrar

fuerzas para sobrellevar la situación. ¿Y qué vas a hacer, si dejas aquello?

—Mira, Tommy. Norman estaba ganando mucho dinero desde hace años. Era tan atractivo, tan inteligente, tan dinámico... Ha ganado más de lo que tú puedas suponer. Y sus negocios proseguirán, darán rendimiento, aunque él falte. Estaba asociado con buenos amigos en cosas de publicidad. Quiero decir con esto que no quedo en la miseria, que puedo vivir bien, económicamente.

—Eso es bueno, en medio de todo —contestó Tommy—. Norman era muy trabajador, ya lo sé.

—Sí. He pensado venir a Nueva York, Tommy —le miró fijamente, con inmenso afecto—. ¡Tommy, mis hijos, yo misma, te necesitamos!

Volvió a llorar. Tommy pasó un brazo por detrás de ella y la apretó contra él, emocionado, silencioso.

—¡Eres como él! —Siguió Mary, queriendo contener el llanto—. ¡Es como poder verle a él, sentirle a él, estando contigo! ¡No puedes imaginarte lo que esto significa, Tommy querido! ¡Yo estoy como loca! ¡Te miro y no puedo creer que Norman ya no exista! Es algo indescriptible, pero cierto. Mis hijos te verán y, si nada les dijéramos de que su padre ha muerto, creerían que tú lo eres. Su mismo carácter, el tuyo y el de Norman, todo igual entre vosotros...

—Sí. Todo igual. Por eso lo mataron a él —murmuró, sordamente, Tommy.

—Quiero venir aquí, Tommy. Por eso mismo. Y quisiera pedirte que vivieras conmigo, con nosotros, con tus sobrinos. ¡Te necesitamos! ¡Serás un consuelo inigualable para nosotros! ¡Ah! —Miró a su cuñado escrutadoramente—. Olvidaba algo esencial. ¿Tienes novia, Tommy? ¿Estás atado o comprometido con alguna mujer?

—¿Yo? No —afirmó Tommy, muy emocionado—. No tengo novia. No estoy atado a ninguna mujer. No he tenido tiempo para ello.

—¿Entonces? ¿Quieres pensar sobre mi proposición? Dirás que soy una egoísta, pero no puedo explicarte ahora, ni creo podré hacerlo nunca, lo que siento, lo que sentirán mis hijos, cuando te tengamos a nuestro lado y veamos y sintamos a Norman, a otro Norman que Dios nos ha enviado para nuestro consuelo. ¿Quieres

pensarlo y decirme qué decides?

—Está pensado, querida. Le debo la vida a mi hermano. Fué él quien llegó antes al restaurante. Las balas iban para mí. Si él no hubiera ido antes, si no hubiera estado en Nueva York, en mala hora, ¡llamado por mí!, yo estaría muerto, liquidado —repuso Tommy, cubriéndose el rostro con las manos engarfiadas—. Sí, querida, acepto lo que pides. Lo deseo. Tus hijos serán como míos. Es lo menos que puedo hacer por vosotros.

—¡Gracias, Tommy! —Ella elevó la cabeza y le besó en la frente, con ternura—. ¡Eres como él! ¡Todo amor y ternura, todo bondad y alegría!

—Ven cuando quieras. ¿Vas a querer vivir en esta casa? Necesitará algún arreglo. Es lo que tiene el estar en manos de quien solamente piensa en salir del paso. Habrás visto suciedad, descuido...

—Vendremos cuanto antes. Dentro de ocho días. Nos atraerás tú como atrae el imán al trozo de acero. Y yo cuidaré de todo esto, Tommy. Será como cuando cuidaba de Norman, aunque el pobre jamás pedía nada, y lo que realmente hacía era cuidar de nosotros, estar pendiente de todos.

Poco después, visiblemente más repuesta Mary, ambos se retiraron a sus alcobas para dormir unas horas, si ello era posible.

En la División, mientras tanto, el inspector Haigh tascaba el freno de la ira y el desconsuelo por la muerte de Jayne Mansfield.

En su despacho, había puesto en fila sobre su mesa cuatro pipas cargadas de tabaco, y fumaba sin descanso, pensando lo que suponía aquel asesinato premeditado de la fiel confidente.

Levantó la tapa del dictáfono, con gesto brusco, pálido su ancho y rojizo rostro, y dijo con voz ronca:

—¡Qué venga Scrubb! Sí está disponible.

—Sí está, señor. Le llamo.

Dos minutos después entraba el agente especial Scrubb, alto, delgado, de rostro inteligente, vivo. Quedó en pie, firme, mirando a su jefe.

—Siéntese, muchacho. Ha ido al entierro de Norman Winters, como le dije, ¿no? ¿Presentó mis excusas a Tommy por no estar presente?

—Sí, señor. Por cierto que a punto estuvo de ver Tommy el

cadáver de Jayne, que entraba en la Morgue. Menos mal que iba cubierto con una sábana, y que nos lo llevamos a él sin que se diera cuenta.

—Hubiera sido demasiado para él este nuevo golpe. Ella le quería...

—Lo adoraba, señor. Una vez me lo dijo, llorando. No se atrevía a insinuarle a Tommy, pensando que, como había sido una ladrona, él no llegaría a descender hasta el punto de corresponderle. Le conocía mal, claro, y se lo dije a la pobre Jayne. Pero tenía miedo. Y se ha ido amándole y dando su vida por servirle.

—¡Scrubb, éste asesinato de Jayne me ha sacado de quicio! —rugió el inspector, dando un tremendo puñetazo sobre la mesa—. ¡Nosotros, los del

F. B. I.,

estamos a lo que salga, es nuestra obligación darlo todo, y nadie tiene derecho a quejarse por lo que le sucedan! ¡Si no quiere exponerse; que pida la baja! ¡Pero nuestros confidentes es cosa diferente! ¡Y lo era más Jayne, siempre voluntaria, siempre abnegada, sin pensar en el puñado de cochinos dólares que la dábamos por exponer su vida!

—Cierto, señor —respondió Scrubb, algo asustado por la terrible cólera de su jefe, que pocas veces perdía la serenidad—. Ha sido una pérdida grave.

—Irreparable. Y, Scrubb, esto lo voy a llevar por la tremenda. ¡Le digo que voy a vengar esa muerte! ¡No a hacer justicia, a detener a los culpables para que los juzguen, sino a vengarme, a destrozar sin piedad, a quitar la vida de quienes la mataron! —Haigh estaba congestionado, y Scrubb tuvo la intuición, en medio del susto que sentía, de que el inspector estaba enamorado de Jayne. Un amor de solterón, que juzgó imposible, dada su edad, la juventud de ella y el saber que la muchacha adoraba a Tommy.

—Bien, señor —contestó con voz débil, mirando cohibidamente al exaltado inspector, que parecía fuese a ahogarse de rabia, los ojos saltones y la faz congestionada aún más—. En medio de todo, me parece bien. No somos los

F. B. I.,

bestias que aceptemos los estacazos con la sonrisa en los labios.

—Eso es. Y, Scrubb, va a pedir a Anita Fisher que se reúna

conmigo en el sitio de costumbre. Tengo que hablar con ella —había un rictus extraño en la extraña sonrisa de Haigh que hizo estremecer a Scrubb—. Dígale que la espero a las ocho de esta noche. En el cafetucho de Bank Street, en Greenwich Village.

—Bien, señor. La telefonearé a la redacción del «magazine». ¿Algo más?

—¿Se han puesto ya en marcha los muchachos, investigando? Hay que dar con quienes cometieron estas dos felonías: la de asesinar al hermano de Tommy y la otra de hacer lo mismo con Jayne. Lo del hermano de Tommy fue un error de esos canallas. Lo de Jayne clama al Cielo. Presumo que entre nosotros hay un traidor.

—¿Un traidor? —preguntó, atónito, Scrubb—. Señor...

—Un traidor, he dicho. No entre los agentes, entre nosotros propiamente dicho, sino entre los confidentes. Piense, amigo Scrubb: anoche nos dijo Jayne que iba a intervenir. Fué hacia las once o las doce, cuando llegó a la Morgue. Nos lo dijo a Tommy y a mí. Bueno. El forense asegura que ella debió morir hacia la madrugada. Las cuatro, las cinco...

—¡Ah! —Scrubb se puso serio, mirando con atención la roja faz del inspector.

—¿Sabe con qué la mataron, muchacho? ¡Parece una condenada burla, y eso me lo pagarán! ¿Lo sabe? ¡Inyectándola una tremenda dosis de morfina! Primero la golpearon el cráneo con una porra, para que permaneciera sin sentido. Luego la inyectaron en la vena de un brazo la morfina.

—Sí, señor. Parece una burla, en efecto. Perseguimos el tráfico de drogas, y nos matan una confidente con drogas. Es como dejar la tarjeta de visita, —reconoció Scrubb, con acento resentido—. Una burla completa...

—¡Y de mí no se burla esa canalla! —exclamó Haigh con voz ronca, sibilante—. ¡Ésta me la pagan en moneda contante y sonante! En fin, a lo que iba. ¿Quién dijo a esa chusma que Jayne iba a intervenir? Porque ella no se iba jamás de la lengua.

—Haría con alguien, quizá, señor. Haría alguna gestión, y si estaba vigilada... No olvide que ellos tienen sus confidentes también, que brujulean, que tienen dinero en abundancia...

—Scrubb, voy a decirle, con toda reserva, y para que a nadie se lo diga, que Jayne fue a ver a Anita Fisher y la habló de lo ocurrido

al hermano de Tommy, y que la pidió su colaboración, que Anita aceptó prestar. Jayne me lo dijo por teléfono, después de hablar con Anita. Me pedía mi conformidad, y la contesté que no me hacía mucha gracia eso, pero que ya que estaba hecha la cosa, siguiera adelante.

—¿No le gusta la forma de trabajar de Anita, señor? —inquirió Scrubb, muy intrigado por cuánto le estaba relatando su jefe.

—¡Hum! —Haigh hizo un gesto con la cara, expresando una conformidad muy dudosa—. Es, muy charlatana, Un confidente que habla mucho no es buen confidente. Tiene que saber escuchar, ante todo. Y luego, si habla, que sea con inteligencia, para sonsacar, para ampliar un dato, averiguar lo que el enemigo no dice. Anita habla mucho. No puede, compararse con Jayne. Quiero hablar con ella, para saber si puede imaginar quién ha asesinado a Jayne.

—Está bien, señor. Me parece que, a pesar de todo, Anita es un buen elemento. Ha trabajado en otras ocasiones con eficiencia...

—¡Siempre de acuerdo y en colaboración con Jayne, cuidado! —gritó Haigh, irritadamente—. ¡Anita siempre ha sido dirigida por Jayne, ha obedecido a Jayne! ¿Sabe por qué, Scrubb?

—Porque Jayne era más eficiente, más inteligente quizá... —murmuró el agente especial, que estaba asombrado de la irritabilidad y la impetuosidad, de su jefe, siempre ponderado.

—¡Porque nunca me he fiado de Anita como elemento para dejarla sola! —exclamó Haigh, acercando su busto por encima de la mesa y bajando la voz—. ¡No he tenido confianza en ella! Con Jayne, sí. Si iba con Jayne, de acuerdo, la toleraba.

—Me parece grave lo que dice, señor —dijo Scrubb, arrugando el ceño ostensiblemente—. No es posible confiar misiones a elementos en los que no hay plena confianza. Un confidente traidor es meter al enemigo, en nuestras filas, confiarle nuestros más íntimos secretos...

—No digo que Anita Fisher sea una traidora, pero quiero comprobarlo. Por eso voy a hablar con ella esta noche. Nada más, Scrubb.

—Bien, señor —se levantó el agente especial, desconcertado, mirando a su jefe fijamente—. ¿Algo más?

—Nada de cuanto le he dicho de Anita, no diga nada a nadie. Veo que hay que hacer una depuración a fondo entre nuestros

confidentes. La muerte de Jayne ha sido cosa de un confidente traidor. ¡Hay que encontrarlo!

Scrubbs salió del despacho de su jefe reafirmando en su sospecha de que la muerte de Jayne había enloquecido al inspector.

Y no podía ser por otra causa que porque estaba enamorado de ella, sin posibilidad de ser correspondido. Haigh reaccionaba como un desesperado. Era comprensible.

A las seis de la tarde, poco más o menos, Tommy Winters, dejando que su cuñada Mary siguiera durmiendo, bajó a la calle para comprar un diario de la tarde. Quería saber si en las ediciones vespertinas se hablaba de la muerte de su hermano.

En las matutinas solamente se publicaron unos renglones sobre el suceso, pues el

F. B. I.,

había intervenido para pedir a los directores de los diarios que guardaran reserva durante un día.

Subió al piso con el diario en la mano, y se sentó en el sofá. En primera plana vio, en grandes titulares, algo que le hizo saltar en el asiento. Era la noticia de la misteriosa muerte, por asesinato, de una bella muchacha llamada Jayne Mansfield.

Recorrió con avidez, lívido el rostro, la escasa información acerca de aquel nuevo suceso.

Se decía que un ambiente de misterio envolvía el caso, y que había la mayor reserva por parte de las autoridades sobre las investigaciones que se llevaban a efecto.

Tommy dejó caer el periódico al suelo. Sacó un Cigarrillo del estuche de la mesita y lo encendió con ansia. Después recogió el diario y volvió a leer la información.

Era Jayne Mansfield, que habitaba en Concord Avenue. No había duda alguna. Era Jayne, la encantadora muchacha, a quien estimaba profundamente, y hasta admiraba por su valor para salir del infierno en que se había metido.

Un enorme desaliento lo invadido. El golpe que recibía, otro más, era tan anonadador como el que supuso la muerte de su hermano Norman. Dos seres queridos que en menos de veinticuatro horas perecían asesinados.

La puerta de la alcoba donde estaba Mary se abrió, y ella apareció, pálida, soñolienta, pero bella siempre pese a su dolor y al

descuido en que se hallaba respecto al cuidado de su persona.

Miró a Tommy, y en el acto notó su lividez, el espanto retratado en su rostro, en la mirada, desesperada.

—¿Qué te pasa, Tommy? —Fue a él, se sentó a su lado, inquieta, mirándole con ansiedad.

Vio el periódico y lo recogió, presintiendo que en él había algo que puso así a su cuñado. Tropezó con las grandes letras negras, y las leyó.

—¿Es esto? —preguntó a Tommy, señalando los titulares—. ¿La conocías tú? ¿Qué es, Tommy?

—Era una confidente nuestra —repuso Tommy sordamente, chupando del cigarrillo—. Se iba a dedicar a averiguar quién asesinó a Norman. Una mujer excepcional, Mary. Se jugaba la vida con la misma sencillez que si se tratara de un deporte. Noble corazón, pobre Jayne...

—¿Era bella? —preguntó Mary, mirando fijamente a su cuñado.

—Mucho. Muy bella, muy inteligente, abnegada, leal —respondido él con énfasis, moviendo la cabeza con desaliento.

—Perdona, Tommy —siguió Mary con voz queda, observando a su cuñado con gran detenimiento—, ¿la querías?

—No. No la amaba, si es eso lo que quieres decir. Pero la apreciaba mucho, porque era una mujer admirable. Te lo contaré otra vez, en otra ocasión. Fue ladrona. Padeció como una enfermedad, ¿sabes? Su mente estuvo vacilante entre la locura y la sensatez. Robaba sin darse cuenta. El Jurado dijo que era culpable, y estuvo en un penal. Yo la ayudé a salir.

—¡Pobre mujer! ¿Y ella te amaba a ti? —inquirió Mary suavemente—. ¿Verdad que sí, Tommy? ¿Lo notaste?

—Lo noté, sí. Ella me amaba. Pero tenía que ser yo leal. Si no nos queríamos los dos, era imposible dar un paso hacia lo que ella hubiera deseado. Fingí no notar lo. Y ella, siempre noble, leal, quizá notó que yo no la quería, y jamás me insinuó su amor. Admirable Jayne...

—Admirable, sí, Y quiso ayudarte a dar con los que han asesinado a Norman, quizá por amor a ti. Por librarte de un segundo peligro de asesinato. Porque lo estás corriendo, Tommy querido. ¡Dios mío, esa muchacha hubiera merecido, que tú la correspondieras aunque ahora no la amabas! ¡Ya habría nacido el

amor en ti ante semejante ejemplo de abnegación!

—Nunca he dejado de ser leal, sincero, Mary —repuso Tommy, moviendo, la cabeza—. Quizá la habría querido, pero ¿y si así no hubiera sido? Mi desgracia y la suya, porque Jayne lo habría notado, me lo habría reprochado, y con razón. Ahora no, sé si hice bien o no. Ella se ha marchado queriéndome, sin esperanza, y eso es horrible.

—Ya no hay nada horrible para ella, Tommy —murmuró, dulcemente, Mary—. Aun el amor no correspondido tiene sus fases felices. Es cuando la esperanza, que nunca muere, lo alimenta continuamente y le hace creer que un día lo que amamos nos amará también. Ella debió pasar por eso, y fue a ratos feliz. Te veía, te hablaba, te quería, soñaba... Ha muerto en un sueño, según dice el periódico. Tal vez soñaba contigo mientras, la morfina la mataba dulcemente.

V



las ocho de aquella tarde, el inspector Haigh entraba en el café francés de Bank Street, en Greenwich Village. Vio que a la puerta del establecimiento había un lujoso coche, un Cadillac de último modelo, negro.

El café Versailles era como un nido para, enamorados de Greenwich Village y de todos los bohemios que allí moraban, que no eran pocos. Parecía uno de aquellos cafés del pasado siglo, trasplantado desde el barrio latino de París al Nueva York anacrónico.

Divanes de peluche, cómodos; espejos de Venecia en las paredes, imitaciones de tapices de Corot y otros, camareros de americana negra y la envoltura en las piernas de blanco lienzo.

Ya estaba allí Anita Fisher cuando el inspector entró. Dedujo por

ello Haigh que el Cadillac era de ella. Sentada en un diván, fumaba bella muchacha, mientras resistía con sonrisa hechicera las ávidas miradas de algunos artistas, quizá pintores, tal vez poetas, que estaban en unas mesas cercanas.

—¡Buenas noches, Anita! —dijo el inspector, tomando asiento a su lado, con gesto fatigado.

Pidió al camarero un café puro, fuerte. Ella estaba con un vaso mediado de ajenjo y seltz.

—Perdóneme que la haya molestado...

—No es molestia, inspector —respondido ella, sin dejar de mirar a los bohemios, que la sonreían con descaro—. Comprendo incluso que me haya citado. Lo de Jayne ha sido terrible. Es eso lo que le ha hecho llamarme, ¿verdad?

—Sí. ¿Ella le dijo a usted que iba a intentar localizar a los autores del asesinato del hermano de Winters? —preguntó Haigh, mirándola fijamente—. ¿Se vieron ustedes anoche, que es cuando ella me dijo que iba a trabajar en este asunto?

—No, no —contestó con cierta precipitación Anita, Y cogió el vaso de ajenjo, bebiendo con avidez un trago—. No la vi. Ignoraba lo que iba a hacer. Yo la hubiera ofrecido mi ayuda, como siempre. La quería mucho, inspector. Era admirable.

Haigh entornó los párpados hasta dejarlos en una línea solamente. Observó que Anita llevaba encima costosas joyas. Un brazalete de brillantes. Un reloj de platino, con su brazalete.

En el otro brazo, otro brazalete de oro con grandes monedas de oro. Un anillo con una gran esmeralda, maravillosa. Otra sortija de platino con una perla y un brillante, muy grandes.

El inspector sintió en su pecho eso que se llama el «vuelco en el corazón», ante la respuesta de Anita.

Hizo lo posible por evitar que ella notara el estremecimiento que le sacudió por entero.

Jayne le dijo la noche anterior, clara y explícitamente, que había hablado con Anita, pidiéndola su colaboración, y ella lo aceptó. ¿Cómo ahora esta muchacha negaba tal cosa?

—Quizá Jayne quiso llevar por sí sola el asunto —dijo el inspector, tras una pequeña pausa—. Era muy audaz. Tal vez demasiado. En fin, hemos sufrido un rudo golpe, y por ello estamos consternados. Ahora quisiera, Anita, preguntarle si usted tiene

alguna idea de dónde ha podido proceder esa agresión contra ella. Y contra el hermano de Winters. Me inclino a creer que tiene un único origen...

—¿No han podido ustedes averiguar nada? —preguntó ella, apartando su mirada de los jóvenes bohemios para fijarla en la roja faz de Haigh, en detenido examen.

—Nada. Winters estaba investigando algo sobre lo de las drogas, aunque sin profundizar, por carencia de base para haber obtenido una pista. ¿No tiene usted una idea de dónde pueden haber venido esos dos golpes?

—No, inspector, y lo siento. Tengo mucho trabajo en el «magazine», y otras colaboraciones, que me dan bastante dinero...

—¿Sí? No sabe lo que eso me satisface, muchacha. ¿En qué otros sitios colabora usted? Ya sabe que soy un lector apasionado de sus artículos. Es usted encantadora, Anita, y la admiro profundamente.

—Gracias, inspector —ella sonrió, con vanidad. Los bohemios sonrieron también, haciendo gestos, creyendo que aquella sonrisa les iba dirigida a ellos—. Colaboro en otras revistas de modas, en efecto. Pero es sobre modas, y eso no creo le interese. Para mi es remunerador. Este vestido que llevo es de Patou, de París. Me lo regaló el agente porque hice propaganda de aquella casa. Me conviene el asunto —rió tontamente.

Los bohemios la miraban y gesticulaban.

—Quiero también pedirla que no intervenga usted en este asunto —dijo Haigh, mirando de reojo a los jóvenes, que estaban flirteando con la muchacha—. Estoy verdaderamente horrorizado con lo sucedido a Jayne, y no quiero comprometer a los confidentes. Mucho menos a usted.

—Me parece natural —contestó ella, moviendo una mano para que la luz de las arañas diera en los brillantes, produciendo reflejos múltiples—. No obstante, y por cariño a Jayne, que tanto se lo merecía, si me es posible trataré de averiguar algo. Veo que están ustedes un tanto desconcertados, ¿no? Lo comprendo.

—Realmente, sí. Nosotros, al fin y al cabo, somos hombres, sujetos a errores y vacilaciones, pese a nuestra fama. Estos dos golpes nos han sorprendido totalmente. Sobre todo el de Jayne. Ella también ignoraba la procedencia de la agresión a Winters. Tal vez por parte de algún «gang» dedicado a las drogas. Tal vez un viejo

rencor contra ella.

—Posiblemente. Los confidentes hemos de estar siempre temiendo que un día nos descubran los enemigos, y ese día ocurre lo fatal. No perdonan, ya lo sabe usted. En fin, inspector, cuente con mi promesa de que haré cuanto esté en mi mano por saber algo, aunque ahora estoy bastante desconectada de ese ambiente.

—Gracias, Anita. No deseo, lo repito, se comprometa. He decidido no emplear ahora a los confidentes. Me da miedo, lo confieso. Bien, querida —se levantó del diván, tendiendo una mano a la muchacha—, no quiero entretenerla más. No es conveniente para usted. Si buenamente sabe algo, llámeme. Adiós.

—Me quedo cinco minutos más, para evitar que nos vean salir juntos. Crea que me he sentido muy afectada por lo de Winters y lo sucedido a la pobre Jayne. Era una buena amiga, y las buenas amigas son tan escasas... Adiós, señor Haigh. Le ruego exprese a Winters mi condolencia.

Salió el inspector con paso firme, haciendo un alarde de decisión y fuerza. Porque se sentía enfermo, Como si algo dentro de él se desplomara ruidosamente.

Entró en su coche y lo puso en marcha. Le temblaba el pulso, y refrenó la marcha, temiendo cometer un atropello o meterse delante de otro coche, produciendo una colisión.

La vista se le nublaba. Una sorda y terrible cólera le iba acometiendo. Un deseo auténtico de matar, de asesinar, destrozar; despedazar.

Dirigió el coche a la ancha avenida de Henry Hudson Parkway, a la orilla del Hudson, donde la circulación de coches era menor. Y a lenta velocidad, poco más que al paso, guió al coche, mientras se entregaba a sus pensamientos, que era lo que deseaba.

Poder reflexionar sin distracciones, sin nerviosismo. Era preciso pensar fríamente. Alejar aquella cólera infernal que se adueñó de él, y pensar como hombre dedicado a la investigación ponderada, casi matemática, sin truculencias.

De manera que Anita dijo que Jayne no la había visto la noche anterior, ni la dijo que ella iba a intervenir en lo de Winters y solicitó su ayuda. Y Jayne, por el contrario, le llamó para pedirle la conformidad a la ayuda de Anita, a quien había hablado poco antes. ¿Quién mintió de las dos?

Frenó el coche, deteniéndolo junto a la acera. La duda le llenó de cólera. ¡Mintió Anita! ¡No podía haber la menor duda de que Anita mintió!

¿Por qué?

¿Quizá porque al enterarse del trágico final de Jayne no quería seguir como confidente del

F. B. I.?

¿Un miedo terrible a correr la misma suerte de su compañera?

Esto podía, en efecto, ser la causa de que ella dijera que no sabía nada, ni quería saber.

Su promesa de intentar averiguar algo había sido excesivamente vaga, de puro compromiso, mientras fijaba su atención en aquellos groseros individuos bohemios.

Anita estaba muy boyante en cuanto a situación económica. Nada menos que un Cadillac último modelo, a la puerta. Joyas caras, muy caras. Un abrigo de piel de visón sobre el diván.

Un modelo de Patou, muy caro también, aunque ella dijera que era regalo. ¿No era todo regalo? El coche, las Joyas, el abrigo, el vestido... ¡Todo regalo!

¿Quién la hacía tales regalos regios?

Era ridículo lo de decir que tenía nuevas y productivas colaboraciones en otras revistas. No quiso decir cuáles eran tales revistas que la procuraban un coche caro, unas joyas caras, todo lo demás, tan caro.

Había que averiguar cómo la muchacha obtenía tales ingresos, tan considerables. Cabía que tuviera un amigo dadivoso. No habló de haberse casado, ni de haber heredado una fortuna. Solamente que lo conseguía con la pluma, escribiendo.

Cabía que Anita fuese una traidora. ¡Era posible, y no podía desecharse tal suposición! Podía ser la confidente de un «gang» dedicado al tráfico de drogas.

Los «gangs» dedicados al contrabando de drogas solían ser poderosos económicamente. Obtenían beneficios fabulosos. Cinco dólares, y más, por un gramo de estupefaciente.

Solía ser corriente que el estupefaciente estuviese adulterado, lo que multiplicaba la ganancia. Comprar una voluntad y dar por ella irnos miles de dólares al mes no era problema para quienes ganaban cientos de miles.

Puso en marcha el motor del coche. En su cerebro había echado el ancla con firmeza absoluta la creencia de que Anita era traidora.

Por eso, en previsión de que la sospecha se convirtiera en realidad, la dijo que estaban desconcertados, que no sabían de dónde procedían los dos golpes sufridos.

Era menester hacerla creer, para que ella lo repitiera a sus compinches, que el

F. B. I.,

andaba de cabeza, desorientado.

Regresó a la División y entró en su despacho. Llamó por el dictáfono a Scrubb. Scrubb era el de más capacidad de los agentes, después de Winters.

—¡Hola, muchacho! Siéntese —dijo, cuando lo tuvo frente a él. Le invitó a sentarse en el diván, y él lo hizo también, dando a la entrevista un carácter casi no oficial—. Hay noticias... graves.

—¿Ha visto a Anita? —preguntó Scrubb, observando la palidez de su jefe.

Su rojo rostro se tornaba entonces en amoratado.

—Sí. He hablado con ella. Parece algo así como una de esas esposas de un rajá, la Begum, una emperatriz árabe, qué sé yo... Un Cadillac último modelo, unas joyas regias, un abrigo de visón, un vestido de Patou. ¡Algo impresionante, Scrubb!

El agente especial miró con asombro a su jefe.

—Siempre se ha dicho que cuando una persona que tiene ingresos modestos se encarama a las alturas de la opulencia es por algo extraño y no muy moral. Sobre todo si eso ocurre casi de repente, como ahora con Anita —reflexionó Haigh en voz alta.

—Haría falta saber de fuentes dignas de crédito, probadas, cómo se ha logrado esa opulencia —contestó Scrubb con gravedad.

—Anita dice que colabora en otras revistas —sonrió, cruelmente, el inspector—. Ni que fuera un Lippman el columnista. ¡Eso es lo que me subleva, Scrubb! ¡Que diga que tiene un amigo millonario; que ha heredado, que juega a la Bolsa y ha tenido suerte, pero que no me venga con esas sandeces! Bueno, muchacho, dejemos de divagar —frunció el ceño—. Tome nota.

Scrubb cogió una pluma y el bloc, y se sentó a la mesa de su jefe, mirándole fijamente.

—Primero, averiguar qué otras colaboraciones en revistas tiene

esa chica, y los ingresos que percibe por ello. Eso es una mentira como una casa, pero hay que probarlo.

—Está, señor —dijo Scrubb, esperando le siguiera dictando su jefe.

—Segundo, vigilarla estrechamente. Sobre todo, en sus salidas. Ver con quiénes se cita. Seguir la pista a las personas que tratan con ella, eso nos va a producir alguna sorpresa gorda, lo presiento. La lástima es que no podemos, por ahora, intervenir su teléfono. Se pondría la Prensa, si lo supiera, de manos contra nosotros. Y el Gobierno no lo permitiría.

—Deduzco, señor, que usted está pensando... —insinuó Scrubb, sonriendo.

—¿Cómo no voy a pensar mal de ella, si me ha dicho que Jayne no fue a verla anoche, ni que la propuso colaborase, cuando la misma Jayne me dijo que había ido a verla, que la pidió ayuda y Anita se la ofreció? —rugió Haigh, de color púrpura el rostro, llameante la mirada—. ¿No le basta eso solamente para pensar que es una maldita traidora?

—¡Ah! —Scrubb se sobrecogió a su vez—. Eso es otra cosa, señor. Tenemos entonces, por lo que parece, al enemigo entre nuestras filas.

—Lo parece. Quiero apurar hasta lo último la ponderación. Quiero no dejarme influir por las sospechas ni las deducciones fáciles. Vamos a tener un historial de ella al día y al minuto. Cuando la acusemos, que sea con pruebas incontrovertibles, irrefutables. ¿Entendido, Scrubb?

—Sí, señor. Me gusta más oírle hablar así que cuando dice que se va a salir del cauce para lograr idéntico resultado, pero sujeto a errores. ¿Más, señor?

—Es bastante. Quiero saber quién es Anita, ahora. Me lo figuro, pero quiero que los hechos afirmen mi sospecha. Esta labor la va a llevar en buena parte Enrico Maggiore. Ya sabe, el italoamericano. Recurrimos a él muy pocas veces. Es nuestra reserva entre los confidentes. Cuando todo falla, a él recurrimos. Hay que citarlo en el lugar de costumbre. Esta noche, a las doce. Ya sabe él dónde. Llámelo de mi parte.

—Bien, señor. ¿Algo más? —dijo Scrubb, impresionado por las medidas que adoptaba su jefe, sin duda alguna excepcionales.

—Nada más. ¡Silencio, Scrubb! —advirtió, rudamente, Haigh—. Vamos a juzgar a una confidente, y eso es muy grave.

Cuando pasó un rato, el infatigable inspector, que llevaba casi dos noches sin dormir, alimentándose únicamente con tazas de café muy cargado, abandonó su despacho y el edificio donde radicaba la División.

Entró en su coche y partió, internándose por un dédalo de calles hasta llegar donde se alzaba el edificio gris, sombrío, de la Morgue.

Llamó a una puerta pequeña, de servicio, en la parte posterior. Un empleado le abrió. Haigh se dio a conocer, y el hombre le hizo pasar a la sala donde se depositaban los cadáveres pendientes de autopsia.

Se encontraba solamente, ya en un ataúd, el cuerpo de Jayne, cubierta con una sábana. Nadie había allí, velándola, como lo estuviera Norman Winters la noche anterior.

El inspector se acercó al féretro lentamente. Cogió con mano temblorosa el sudario y lo apartó, para dejar al descubierto el blanco rostro de Jayne tan sereno, con los ojos cerrados, los labios entreabiertos. Como si durmiera tranquilamente.

Se arrodilló al pie del cadáver, unió las manos, entrelazando los grandes y firmes dedos, y comenzó a rezar, entre sollozos que sacudían su ancho pecho, haciéndole jadear. Un leve eco, en la gran sala, repetía las palabras del inspector.

Se levantó, cogió una silla de un rincón y tomó el ramo de flores, rosas blancas, que había comprado en el trayecto.

Las depositó sobre el cuerpo, bajo la sábana blanca, y se sentó, suspirando hondamente, mirándola con infinito dolor y ternura.

—Jayne, mi amor... —dijo con voz susurrante, como si ella pudiera oírle hacer aquella declaración amorosa que nunca se atrevió a hacer en vida de ella—. Te quiero. Estás muerta, pero te quiero. No me oyes, pero sí tu alma, tan grande, tan hermosa. ¿Me hubieras correspondido? Jayne, temí que no, y por eso callé. Ahora te lo puedo decir, amor mío...

Se limpió con un pañuelo los lagrimones que bajaban de sus enrojecidos ojos. Encontraba un alivio inmenso en decir a la muerta Jayne que la amaba.

Ella no le oía, pero sí su alma, que jamás moriría y que le escuchaba. Estaba seguro de ello.

Silencioso, mirándola sin descanso, dejó pasar las horas, solos los dos, el cadáver y él. Por fin, haciendo un gesto de fastidio, miró su reloj de pulsera. Eran las once y media de la noche. Estaba citado con el confidente Maggiore a las doce.

Abandonó la silla. Se arrodilló de nuevo, ahora a la cabecera del cadáver de Jayne, y se inclinó.

—Adiós, amor mío. Tengo que cumplir una misión sagrada. Hay que castigar a los que te apartan de mí. Pobre consuelo, ¿verdad? La venganza... Eso no te vuelve a mí, no te da la vida, no deja que me mires, me sonrías, me hagas vivir a mí, alimentos mi esperanza. ¡Adiós, amor mío, mi Jayne! ¡Tú me estás viendo, lo sé, porque Dios lo permitirá, y ahora sabrás que te quería desesperadamente! ¡Adiós, amor mío!

Se inclinó aún más y la besó, entre sollozos, la tersa y helada frente, las mejillas, los labios, tan hermosos, entreabiertos, dejando ver la blanca dentadura; los cerrados ojos, con las enormes pestañas.

Irguióse con trabajo, desfallecido, apoyando la palma de una mano en el frío suelo de mármol. Cubrió el rostro adorado con el sudario, y se alejó aprisa, trompicanado, sin encontrar la puerta de salida. Una postrer mirada al féretro, tan sólo en la gran sala, y salió al amplio pasillo, donde se encontraba el empleado.

—Luz —dijo Haigh con acento rudo, señalando la puerta, más allá—. Una monja que venga a velarla. ¡Está sola, como si no hubiera nadie! ¡Yo pagaré todo mañana!

—Sí, inspector —contestó el empleado, medrosamente—. Voy a avisar ahora mismo. Vaya tranquilo.

Salió a la fría calle. Entró en su coche y puso en marcha el motor. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Puso entre sus labios la cargada pipa y la encendió, tosiendo roncamente.

Se sentía agotado, desfallecido. Quizá con deseos de morir, de ir con Jayne, en su busca, encontrarla y ser con ella feliz para siempre jamás.

Puso en marcha el vehículo, dirigiéndolo hacia el Bowery, el distrito del hampa, de las diversiones y gimnasios donde se celebraban salvajes o amañados combates de boxeo.

Allí estaría Enrico Maggiore, la reserva, la última bala que poseía el

F. B. I.,
cuando todas fallaban el blanco.

Entró en una calleja sombría, al norte de Bowery Street, plena de ruidos, timbres, altavoces, luces de neón, viandantes exóticos borrachos en busca de placeres baratos. La calleja parecía como un remanso, aunque siniestro, misterioso, inquietante.

Haigh entró en un bar pequeño, en aquel instante sin un cliente. En un rincón, ante una mesita, estaba un hombre pequeñito.

Fué hasta él. SI hombrequito se levantó, tendiéndole una mano igualmente pequeña pero vigorosa. Vestía una trinchera raída, descolorida, caqui; un pañuelo azul oscuro al cuello, y se cubría con un sombrero deformado, gris, de ala bajada.

—¡Hola, Enrico! —dijo el inspector, sentándose.

Pidió un café con leche, bien cargado, al viejo camarero que se acercó arrastrando los pies. Enrico pidió la mismo.

—¡Hola, amigo! —dijo el italoamericano, de unos sesenta años de edad.

Tenía un rostro enormemente expresivo, como el de un gran zorro, de mentón pequeño y larga nariz aguileña. Y, hundidos en las cuencas, unos grandes ojos negrísimos, llameantes, cargados de inteligencia y astucia. Todo aquel rostro era inteligencia, de vivacidad latina, astucia ratonil o zorruna.

El inspector, cuando lo conoció, hacía años, pensó que si aquel hombre se hubiera inclinado al mal, habría sido un verdadero azote, un valor negativo temible de combatir.

Afortunadamente, Enrico Maggiore era un caballero, un perfecto y comprobado caballero.

—Ya sabes lo que pasa, Enrico —dijo Haigh quedamente, ofreciendo su llena pitillera al confidente, que sacó un cigarrillo y lo encendió—. A usted no hay que darle muchas explicaciones...

—No, amigo —respondido Enrico, moviendo la cabeza—. Estoy consternado, sinceramente. Lo de Jayne me ha dejado de una pieza. Supongo que a usted también, amigo. Un día estuve presente, perdone la indiscreción, en una conversación entre ella y usted. Comprendí algo...

—No lo niego, y menos a usted —dijo Haigh, con voz ronca—. Es verdad. Tengo cincuenta y cuatro años, y podía alimentar todavía ciertas ilusiones. Pero ella...

—Quería a Winters —concluyó Enrico, moviendo la cabeza—. ¡Qué líos, para los cuatro días que uno ha de vivir! Lo siento, amigo mío. ¡Vamos al grano, y dejemos que los corazones descansen de su dolor! ¿Qué quiere de mí?

—¿Conoce usted a Anita Fisher? Es una confidente nuestra —dijo el inspector—. No se la he presentado nunca. Pues bien: creo que es traidora.

VI



LOS ojos de Enrico llamearon, como los de una araña en lo más intrincado de su red cuando ve caer la presa. Apretó las mandíbulas.

Su pequeña y nerviosa mano, que tenía el cigarrillo, lo aplastó contra el roto cenicero de cristal. Eligió otro cigarrillo de la pitillera de Haigh, sin decir una palabra, y lo encendió.

—Para eso la muerte, amigo. —Enrico no nombraba al inspector por su cargo ni por su nombre—. Es duro, pero absolutamente necesario. ¿Está seguro de eso? La cosa es grave, lo sabe usted... A veces, nosotros tenemos que fingir, hacer lo que ellos hacen al infiltrarnos en sus filas. ¿Está seguro, repito?

—No, para eso solicito su concurso. Ella no lo conoce a usted

como de los nuestros. Usted tampoco a ella. Será más fácil su trabajo, por eso.

—Sí. ¿Me ha traído los datos, por escrito? Su biografía, digamos.

—Aquí están —sacó Haigh un sobre y se lo tendió a Enrico, que se lo guardó en un bolsillo interior de la americana—. Rómpalo una vez leído.

—Ya lo sé —contestó ariscamente Maggiore, moviendo la cucharilla en la taza de café humeante—. ¿Por qué lanza la atrevida hipótesis de que es traidora? ¡Si viera lo que escuece el ser tildado de traidor cuando no se es comprendido!

—Esa chica gasta un dineral, sin causa justificada —dijo Haigh con voz muy queda, casi su cabeza unida a la de Enrico—. Una subida repentina de posición. Ella niega haber hablado con Jayne respecto a su colaboración para descubrir a los asesinos de Norman Winters. Jayne me dijo que lo trató con ella. ¿No es suficiente esto para sospechar?

—Lo parece, amigo. Es una contradicción que la pone en mala situación. Pero no quiere decir que sea absolutamente acusadora. Bueno, ya veré a esa pájara. ¿Y Tommy Winters? Sé que está con su cuñada, atendiéndola en su justo dolor. Muy mal trago para el muchacho. Díglele que me gustaría trabajar con él. Es inteligente, noble, y su fortaleza es muy reconfortante para los hombres débiles y viejos como yo —sonrió Enrico maliciosamente—. ¿Podrá trabajar conmigo?

—Sí. Lo desea. Mañana se marcha su cuñada, y comenzará a trabajar.

—De acuerdo, amigo. Veo que está usted agotado. Le conviene ir a descansar. Sinceramente, lamento lo sucedido a la pobre Jayne, y también la desgracia que por ese motivo se ha abatido sobre usted.

—Gracias, Maggiore. —Haigh apretó fuertemente la mano del amigo que siempre estaba dispuesto a trabajar por la buena causa—. Me marchó, si no me necesita. Ténganos al corriente de sus investigaciones.

—Desde luego. Díglele a Winters que puede llamarme por teléfono al sitio de costumbre. Voy a trabajar de firme, se lo aseguro. Creo que tengo ya alguna pista... —Hizo un gesto de inteligencia, sonriendo—. Adiós, amigo mío. Vaya a descansar, y sepa encontrar la resignación necesaria a su desgracia.

Haigh salió del establecimiento bastante animado. Tenía una gran fe en el italoamericano como sagaz buscador.

Maggiore tenía múltiples conocimientos en todos los ramos o especialidades de los fuera de la ley, y sabía encontrar siempre la pista que le conducía al objetivo propuesto.

Media hora después, el hombrecillo, con su pasito menudo, de hombre insignificante, la colilla en los labios, pasaba lentamente por Bowery Street.

Era allí donde los hampones solían reunirse, donde vivían muchos de ellos y donde acudían incluso maquinalmente para ver qué pasaba, para charlar y comentar con los amigos los sucesos del día.

Hacía mucho frío, y los cafetuchos, bares y tabernas, así como los clubs nocturnos de baja estofa, estaban atestados de clientes. Maggiore se desenvolvía allí perfectamente.

Era un asiduo y le conocían, y él conocía a múltiples individuos y mujeres, todos ellos con la conciencia más o menos negra.

En el Palladium, un club nocturno de ínfima categoría, se sentó a una mesita, después de saludar a varios conocidos y cruzar con ellos algunas palabras.

Maggiore pasaba por una especie de retirado de la vida activa de hampón, aunque, según decía, no dejaba de perpetrar alguna estafa que otra. Según la candidez de la víctima.

Cuando le sirvieron el café y lo tomó despacito, encendiendo un cigarrillo, miró a su alrededor con aquella especie de indiferencia, aparente, cual si estuviera soñoliento.

Divisó a la pareja del largo y el pequeño, muy conocidos allí. Paget y Randell, los «killers», que estaban sentados ante otra mesa, charlando con otros dos individuos, también asesinos a sueldo.

Maggiore sonrió ante aquella circunstancia y lo curioso que era el que los «especialistas» de una misma rama —como los «killers», los destripa cajas, los ladrones vulgares, los de la «protección» o los de las drogas— se reunieran como pueden reunirse y buscarse los zapateros, los sastres, los albañiles: por gremios.

Observó que Paget el morfinómano, estaba mucho más decaído que de costumbre. Sería lo de siempre, seguro. Necesitaría más y más «carga» cada vez, y si no la encontraba se ponía a morir.

Randell procuraba dominarlo, chillándole, amenazándole,

dándole con el revés de la mano bofetadas amistosas. Pero Paget se exaltaba, tembloroso, y decía algo...

Se levantó Maggiore, intrigado. Su oficio era, precisamente, escuchar, interpretar una frase dicha con intención oculta, captar una sola palabra y conocer por ella lo que quería decir el que la pronunciaba.

Se sentó ante otra mesita más cercana a la ocupada por los cuatro profesionales del asesinato. Paget temblaba, jadeaba y hablaba nerviosamente. Los otros tres no le hacían caso, acostumbrados a verlo así cuando necesitaba pincharse.

—... le dije a éste —señalaba a Randell— que ni por cien mil volvería a hacerlo. Escucha, Mike, era preciosa. —Mike le daba la espalda, y sonreía a una mujer que estaba en otra mesa, con otro hombre—, preciosa, preciosa...

—¡No te pongas pesado, Rory! —exclamó Randell, amenazándole con un dedo—. ¿Por qué, no te pinchas? Pídele a Mark, que la tiene, aunque sea cara. Tienes dinero fresquito, de manera que...

Maggiore parecía estar entre dormido y despierto. La colilla en los labios, daba cabezadas, y luego se despabilaba, un poco asombrado de encontrarse allí.

Paget, como no le hacían caso, miró a su alrededor, buscando un oyente que le escuchara.

Vio a Maggiore, al parecer muy aburrido, y se dirigió a él dando traspies la trinchera arrollada al cuerpo, las piernas desarticuladas. Estaba muy bebido, quizá para compensar en parte la ausencia de «nieve» en su cuerpo.

—¡Maggiore, si estás aquí! —exclamó, dándole una recia palmada en la espalda.

Y se sentó junto a él, mirándole con simpatía estúpida.

—¿Qué pasa, hombre? —refunfuñó, Enrico, hosco—. Estoy aquí, claro. ¿Y qué? ¿Qué te pasa a ti? ¿Estás haciendo las maletas para irte al infierno?

—Ya estoy en él, Maggiore, buen amigo. Porque tú lo eres, y de los buenos. Estoy segurísimo de que tú jamás «apiolarías» a una mujer. ¿A qué no?

—Nunca he «apiolado» a nadie. No es mi oficio —contestó Enrico, con indiferencia—. Pero las he aliviado de sus alhajitas, sus

billetes, cuando tenían demasiado y yo nada. ¿Por qué dices eso, largo? ¿Tienes algo entre manos con una mujer?

—No. Mi palabra que no, Maggiore. ¡Jamás volveré a dar pasaporte a una mujer, y menos aún si es bonita, joven..., y está dormidita, soñando con los angelitos! ¿Dónde estará Mark, para que me dé una ampolla o dos?

Se volvió para mirar a su alrededor, los ojos medio ocultos por los pesados párpados.

—Debe ser un mal trago, en efecto —dijo Maggiore, moviendo la cabeza—. No me gusta nada tu especialidad, largo. Siempre he pensado que las mujeres son para hacerlas el amor. Y si son muy brutas, que las hay, zurrarlas hasta que se amansen. Pero eso de liquidarlas... No me gusta.

—Se lo dije al pequeño: «Pequeño, por esta vez, y porque me dan un buen fajo, pase. Pero nunca más. —Murmuró Paget, llenando la copa de “*whisky*” que había llevado de la otra mesa—. Echa un trago, italiano. Tú me comprendes».

—Que lo haga el que da el encargo —dijo Maggiore con indignación, aceptando la copa de Paget y bebiendo un sorbo—. Pero los que lo encargan son incapaces de cargarse una mosca. Tienen dinero, y mandan, así como así. ¡Cochinos! ¡Hay que ser hombres para enfrentarse con una mujer indefensa, dormida, que nada nos ha hecho, y... matarla! ¿A ti te hizo algo esa mujer que dices? ¿O es un cuento de los tuyos, largo?

—¿Dónde estará Mark, ese maldito? Parece que cuanto más se le necesita menos se le encuentra. Y yo voy a morirme, Maggiore. Entre la falta de pinchazo y el recuerdo —se puso de codos sobre la mesa ocultando el innoble rostro entre las manos huesudas, temblorosas—, estoy para morirme, de veras. ¡Busca a Mark, haz el favor!

—¿Quién es Mark? —preguntó Enrico—. No le conozco, así por ese nombre. ¿Es que vende drogas?

—Mark las vende. Un ladrón maldito, pero cuando no hay otra cosa... Viene aquí todas las noches. Para mí, que sirve en la cadena de Autry.

Maggiore miró de reojo a Paget. El «killer» estaba, como una cuba, y no sabía hasta qué punto se podía dar crédito a lo que decía, pero si era cierto la mitad solamente, merecía la pena

tomarlo en consideración.

—Si conoces a Autry, ¿por qué no le pides a él directamente? —indicó Maggiore con voz suave, incitadora a la confidencia—. Te podría él dar mayor cantidad. Para tu uso y para hacer un negocio... No seas bobo.

—No tiene ahora. En cuanto recibe una partida la reparte, como es natural, para hacer dinero. Me dio anoche para engatusarme. Para eso de «apiolar»...

Llegó Randell de improviso. Al oír lo que hablaba. Paget, le dio con el revés de la mano, colérico.

—¡Hola, Enrico! —dijo secamente—. ¡Qué te calles, idiota, y no cuentes historias! ¡Vámonos, degenerado, cuentero! —Le hizo levantarse con ademanes rudos, impaciente—. ¡Siempre está inventando historias, no le hagas caso! —dijo a Maggiore, que permanecía indiferente, la colilla en la boca.

—Ya lo sé —repuso el confidente, moviendo la cabeza y sonriendo compasivamente—. Cada vez está peor de la «calabaza». Las drogas, claro. No sé cómo puedes trabajar con él, siendo tan poco de fiar.

—Si no trabajamos. Hace más de un mes que no damos golpe —repuso Randell, poniendo en pie al muñeco de guiñol que parecía Paget, todo temblón, llamando a Mark con angustia—. El caso es que este tipo me da lástima, y ya ves, cargo con él. Hasta que me canse. Adiós, pequeño.

—De pequeño, allá nos andaremos —repuso Maggiore hoscamente—. Me parece que te llevo una pulgada —rió socarronamente, haciendo un gesto de despedida.

Randell se llevaba medio arrastras al largo Paget, que no quería irse, llamando a Mark una vez y otra. Maggiore, los ojos medio ocultos entre los párpados casi cerrados, los miraba atentamente.

Pudo ver al llamado Mark, un tipo para él desconocido, que acudía donde estaban Randell y Paget y hablaba con ellos con aire reservado, saliendo después los tres a la calle.

Maggiore se levantó con presteza, dejando sobre la mesa una moneda. Pasito a pasito, esquivando a los clientes en pie y las mesas ocupadas, salió también a la calle.

Paget, Randell y el llamado Mark conversaban en la esquina de la calle. Paget imploraba de Mark, con gestos y la voz ahogada por

la angustia, una caja de inyectables.

Mark decía que tenía muy poca y la pensaba vender cara. Al fin, cuando Paget sacó un fajo de billetes, se ablandó y extrajo de un bolsillo dos cajas. Paget, trémulo de alegría, le entregó varios billetes.

Maggiore, escondido en el quicio de un portal, lo veía y lo oía todo. Randell, desdenoso, insultaba a su compinche por pagar tanto dinero.

Al fin. Mark se separó de ellos, yendo en dirección contraria el pequeño Randell y el largo Paget.

Maggiore quería saber dónde vivía aquel tipo desconocido que atendía por Mark. Quizá se trataba de alguien que se dedicaba al tráfico de drogas por primera vez, o que había llegado de fuera de Nueva York.

Era raro que al confidente se le escapara alguien de la lista mental que tenía de maleantes.

Mark siguió por Bowery adelante, hacia el Norte, por Stanto Street. Maggiore le siguió cautamente desde distancia, no perdiéndole de vista un momento.

Mark era un hombre alto, desgarrado, que llevaba un gabán gris, ceñido al cuerpo por un cinturón. Usaba un sombrero flexible, gris también, con el ala bajada por delante.

Se metió el traficante en drogas por una calleja casi al final de Stanto Street. La calleja era corta, y Maggiore dedujo que debía de vivir allí, pues en la calle no había, lo sabía bien él, ningún bar, taberna o lugar donde entrar para ofrecer su mercancía.

Efectivamente, entró en un oscuro portal, mediada la calleja. Enrico dejó pasar unos minutos antes de avanzar. La calle se llamaba Euclid. Daba a otra calle aún más estrecha y lóbrega: Daytona Street.

Avanzó el confidente con su corto paso, como un transeúnte cualquiera, y, al pasar ante el portal, miró el número, que era el dieciocho.

Al final de la calleja se detuvo, refugiado en el quicio de otro portal, y estuvo allí una media hora, esperando, fija la mirada en el lugar donde entró Mark.

Quería cerciorarse de que el individuo no volvía a salir, en cuyo caso era señal evidente de que vivía allí.

Transcurrido el espacio de tiempo que se fijó, se alejó, sonriendo. Ya tenía un nuevo pájaro en la lista mental de los que se dedicaban al odioso tráfico de drogas.

Volvió a Bowery Street, y entró en un bar con poca clientela ya. Se dirigió a una cabina telefónica y marcó el número de la División del

F. B. I.

—Soy Enrico —dijo al que se puso, al aparato—. ¿Y usted?

—Scrubb, Enrico. ¿Qué cuenta el amigo?

—¿Está Haigg? —preguntó Enrico, la mirada fija en el cristal que separaba, en la puerta, la cabina del extremo del salón del bar.

—No. Creo que ha ido a la Morgue. Ya sabe, lo de la pobre Jayne... No quiere dejarla sola allá.

—Ya. El amor en las personas de edad es quizá más emotivo y profundo que en vosotros, los muchachos —repuso el italoamericano—. Bueno, pues toma nota... Se trata de un tipo que vende drogas, a quien yo no conocía.

—Diga, Enrico.

Scrubb escuchaba por un amplificador de sonido telefónico, que le permitía escribir sin tener pegada a la oreja el micro teléfono.

—Se llama Mark. Así al menos le llaman los que le conocen. Vive en Euclid, dieciocho, en el Bowery. Una calleja al final de Stanto Street. ¿Entendido?

—De acuerdo, amigo. ¿Habría que detenerlo?

—Lo antes posible. Hay que hacer una redada de todos aquellos que se dedican a este negocio sucio. Ya iré agregando nombres. Este tipo me es desconocido, y por eso quiero tenerlo seguro, saber quién es y quién, le da la mercancía.

—De acuerdo. En ausencia de Haigh, a quien no quiero molestar, porque además está derrengado, voy a proceder a esa captura —contestó Scrubb.

—Muchacho, cuidadito. Es un desconocido, y no se sabe cómo va a reaccionar cuando os vea la cara. Id dispuestos a todo.

—Lo estamos siempre, ya lo sabe, Enrico. ¿Algo más?

—Nada. Suerte. Habría que procurar cogerlo vivo, ¿eh? Un muerto no puede nunca declarar lo que un vivo. No dice nada, y es un fastidio.

—De acuerdo. Gracias, Enrico. Cuelgo.

Maggiore abandonó la cabina telefónica, tomó otro café muy cargado, habló con el dependiente sobre el próximo partido de los Globetrotter en el Madison, y luego se marchó, las manos en los bolsillos de la raída trinchera.

Volvió a Euclid Street. Quería ver lo que hacían los muchachos del

F. B. I.,

actuando en aquella detención. Le gustaba verlos, tan decididos y valientes, dando cara a la muerte con un espíritu deportivo envidiable.

Incrustado en el quicio de un portal, con la colilla en los labios, encogido, pues el frío húmedo era grande, esperó pacientemente; con aquella paciencia que ha de tener el confidente cuando acecha a la presa.

Oyó el sonido de un motor de coche a la entrada de la calleja. Siguió esperando, mirando en aquella dirección. Sonrió, complacido.

Seis hombres altos, unos con gabán y otros con trincheras, avanzaban por ambas aceras, estrechas, húmedas.

—Suerte, Scrubb —susurró Maggiore cuando el joven agente especial pasó por delante de él y se volvía, extrañado y desconfiado, al verlo en el quicio del portal—. Cójalo vivo.

—¡Ah! —sonrió Scrubb—. Viene a ver la función. Bueno, hasta luego.

Los seis agentes especiales se detuvieron ante el número dieciocho. Maggiore era todo ojos, sentía hervirle la sangre en las venas, llevado de su temperamento meridional.

De buena gana iría con ellos. Pero su papel era el de señalar la caza, desde la sombra. Al menos en este caso.

Quedó ante el portal un agente, las manos metidas en los bolsillos del gabán. Los otros cinco desaparecieron en la oscuridad del portal.

Scrubb y sus camaradas subieron al piso principal, que con el bajo constituían las únicas plantas de la casa, vieja, con tres ventanas en cada planta.

El agente Grove llamó con los nudillos en la puerta de la planta baja. Sus dos compañeros se pegaron a los lados de la puerta, el Magnum en la mano, preparado.

La puerta se abrió unos momentos después. Una anciana, con una bata sucia, raída, los miró con asombro.

—¿Mark? —preguntó quedamente Grove, empujándola sin ceremonia—. Un momento, abuela.

—Mark está arriba —dijo la vieja, apartándose—. ¡Está arriba, no aquí!

Los tres agentes se colaron rápidamente en el interior de la vivienda, y registraron todo en pocos segundos. La anciana los miraba sin miedo aunque algo resentida.

La Policía solía hacer aquello mismo con frecuencia, en busca de maleantes, y ya a ella no la causaba extrañeza aquello.

Scrubb, asomado al hueco de la escalera, captó la seña de la mano de Grove, que indicaba que Mark estaba arriba. Subieron los tres federales a unirse a los otros dos.

Scrubb llamó con los nudillos a la puerta. El rellano era estrecho, y desde la mirilla de la puerta podría ver, sin que estuviera adentro, a los cinco agentes.

Unos minutos después alguien dijo con voz ronca, soñolienta, desde dentro:

—¿Quién?

—Abra, Mark. Somos del

F. B. I.

Deseamos hacerle unas preguntas —dijo Scrubb con voz serena—. Solamente hacerle unas preguntas, y nada más.

Maggiore, que estaba metido en el quicio del portal, oyó de repente el restallido de una detonación de pistola procedente de la casa en la que entraron los muchachos del

F. B. I.

—¡Ah, diablos! —exclamó con desilusión, dando una patada en el suelo—. ¡Qué burro, tomarlo así! Bueno, el tipo tiene algo que temer, no hay duda.

Mark, había disparado desde dentro, en vez de abrir la puerta. Por lo visto, como dijera Maggiore, era de los que creían que a tiros podrían eludir no solamente las preguntas de los agentes del

F. B. I.,

sino también poder escapar matando a diestro y siniestro enemigos.

Scrubb y los otros cuatro camaradas se arrimaron a la pared, a cada lado de la puerta, Mark había disparado por la mirilla,

destrozando la rejilla de metal que cubría el óvalo.

—¡Mark, no haga eso! —gritó Scrubb con voz potente—. ¡No tiene escape y responderemos a tiros si sigue así! ¡Salga por las buenas!

Un segundo disparo fue la respuesta a las palabras conciliadoras de Scrubb. Maggiore, en la calle, movía la cabeza con disgusto.

Varios curiosos se agolpaban ya a la entrada y la salida de la calleja. El agente que estaba en la puerta les hizo ademanes para que se fueran. Obedecieron a medias los curiosos.

—La carga —dijo Scrubb a uno de sus compañeros—. Este tipo tiene la cabeza dura.

De un maletín sacó el agente un paquete y un rollo de hilo como el de la luz. Se tiró al suelo y dejó el paquete en la parte baja de la puerta, con el cable ya enchufado.

Los agentes especiales se cobijaron en la escalera. El especialista en explosivos unió el cable a una pequeña batería eléctrica, y a una señal de Scrubb, cuando todos estaban en seguridad, hizo el contacto.

Maggiore, en la calle, oyó una fuerte explosión en la casa donde se cobijaba Mark.

—¡Dios, esos chicos creen que todavía están en la guerra, tomando Guadalcanal! —exclamó en tono de desaprobación.

La vieja de la planta baja salió a la calle, aterrorizada por el infernal ruido, pidiendo socorro a grandes gritos.

Los curiosos habían huido también, creyendo que la calle entera iba a ser volada por los agentes del

F. B. I.,

Un coche patrulla de la Metropolitana se acercaba, dejando oír el ulular de su sirena.

La explosión que hizo saltar la puerta de sus goznes, hizo también algo con lo que no contaban los agentes especiales.

Mark, que estaba mirando por la mirilla para poder seguir disparando si alguien se ponía a tiro, oyó el ruido bajo sus pies, que le hizo tambalearse.

Una astilla de la puerta, al ser arrancada de cuajo de sus goznes, le hirió en la garganta como si fuese una puñalada. Cayó al suelo el contrabandista de drogas, agonizando.

Scrubb y sus camaradas acabaron de echar abajo lo que quedaba

de la puerta, y revólver en mano avanzaron.

—¡Está aquí! —exclamó Scrubb, viendo el bulto humano, entre cascotes y polvo, mezclado con sangre, que formaba ya un charco—. ¡Cuidado, está herido!

Mark fue cogido entre los brazos de tres agentes y llevado al interior del piso. La astilla clavada en su garganta le producía una hemorragia incontenible.

—Me parece que es un caso perdido... —dijo un agente, mirando a Scrubb con pesimismo—. Está agonizando. Esa astilla lo ha degollado.

Mark murió cinco minutos después sin haber pronunciado una sola palabra. Los del

F. B. I.,

consternados, se dedicaron a registrar el piso.

Hallaron, en el interior, entre los muelles de un diván viejo, medio centenar de cajas de inyectables de drogas y sobrecitos con polvo de estupefacientes.

—Era un distribuidor —dijo Scrubb, malhumorado—. Hubiera podido declarar cosas interesantes. Bueno, el final ha sido desilusionador. No hemos conseguido nada, si no ha sido el que un canalla de estos deje de hacer daño a miles de personas enviadas.

Los agentes uniformados de la Metropolitana avisaron por teléfono para que fuera una ambulancia a recoger el cadáver de Mark. Ya no había nada que hacer allí, y Scrubb y sus camaradas salieron a la calle.

Maggiore les salió al encuentro, llamando con un gesto a Scrubb. Éste le refirió lo sucedido en pocas palabras.

—No me ha gustado que ese tipo la tomara por la tremenda —dijo el confidente, pensativo—. Ni tampoco que vosotros apelarais a la más tremenda todavía medida de volar media casa para capturarlo. Ahora está muerto y seguimos sin saber quién era, quién le daba las drogas. Mala suerte.

—Mala suerte, en efecto —contestó Scrubb, disgustado—. La casualidad de que la astilla lo matara. Era un hombre que no estaba dispuesto a entregarse. Lo siento, Maggiore.

—Y yo —repuso el hombrecillo, subiéndose el cuello de la trinchera—. Adiós.

Con su menudo pasito, se alejó de allí, refunfuñando. Perdióse

en el laberinto de callejas, las manos metidas en los bolsillos de la vieja trinchera.

En uno de ellos llevaba un Magnum de los que usaba el F. B. I., que le habían dado para su defensa personal.

Comenzaba a amanecer ya una neblina espesa, blanquecina, llegaba del East River, enfriando aún más la atmósfera húmeda. Por el Este, no obstante, se disipaba y dejaba ver un cielo gris, teñido por un color anaranjado.

Maggiore, encogido, buscaba su nido, su casa, la cama, el café caliente. Estaba disgustado por lo sucedido con Mark Era como si hubiera logrado huir, burlando a los del F. B. I., sin dejar rastro, y eso era como un fracaso.

De haberlo cogido vivo, el hombre habría declarado y quizá aportado datos interesantes para la captura de aquella canalla que tanto daño hacía con las drogas vendidas clandestinamente.

Pero, en medio de todo, se dijo, sonriendo, tenía otros cabos de la madeja en la mano. Quería trabajar con Tommy Winters.

Se llevaba muy bien con él, y esperaba que con su ayuda el triunfo sería, una vez más, de los que defendían la buena causa.

VII



ACÍ las diez de la mañana de aquel mismo día, Maggiore oyó sonar el timbre de su teléfono, que estaba sobre la mesilla de noche. Soñoliento, cogió el aparato.

—Soy Winters, amigo Enríco —dijo el agente especial—. Buenos días.

—¡Ah querido amigo! —exclamó el pequeño confidente, sonriendo—. Ante todo, mi sincera condolencia, muchacho. Lo he sentido de veras. Una jugarreta del Destino, imprevisible, como todas las que descarga sobre unos y otros. ¿Y su cuñada? ¡La pobre!...

—Hace media hora partió para Philadelphia en el avión. Muchas

gracias, viejo. Bueno, ya estoy libre para trabajar. También he ido al entierro de Jayne. Ha sido horrible...

—Sí. La muchacha ha dado cuánto podía por la causa. Nos servirá de ejemplo a todos. Y de acicate para aplastar a los que la asesinaron. Si se encuentra, como dice, en condiciones, yo también lo estoy. ¿Tiene instrucciones de Haigh?

—Ponerme de acuerdo con usted para trabajar inmediatamente. Me ha contado lo de Anita Fisher. ¿Qué cree usted, Enrico?

—¡Hum! Altamente sospechosa, de momento. Ha dicho cosas que dan que pensar. Que si Jayne no la dijo nada, cuando es mentira. Que si tiene dinero a montones... Muy mala espina. Vamos a investigar lo que hay de cierto en todo eso. Si es traidora, causante de la muerte de Jayne, que Dios se compadezca de ella, si se lo merece. Bien, amigo, ¿dónde nos vemos, y a qué hora? Yo estaré dispuesto dentro de media hora.

—Son las once menos veinte. A las once y media estaré en mi coche esperándole en Tompkins Square, en la esquina. ¿Le conviene?

—De acuerdo. Hasta luego, viejo.

Maggiore se levantó de la cama reprimiendo un bostezo. Estaba acostumbrado a dormir cuando podía, anteponiendo a todo el cumplimiento del deber de confidente, siempre molesto, muy peligroso y casi siempre sin brillo, como oscuro personaje que se moviera entre bastidores sin ser visto ni reconocido por nadie, a excepción del

F. B. I.

Tomó un taxi para ir hasta Tompkins Square, más que por llegar a tiempo, que tenía de sobra, por evitar que lo vieran personas que siempre andaban por aquellas callejas y le conocían.

El coche negro de Tommy estaba en la esquina. Dentro, el gigante del

F. B. I.,

con el rostro pálido, fruncido el ceño, triste.

Maggiore le compadeció mientras se acercaba a él.

Tommy había sufrido dos muy rudos golpes en pocas horas. La pérdida de su hermano y la de Jayne.

Tenía que estar muy arraigado en el joven agente especial el sentido del cumplimiento del deber y su amor a la misión que

desempeñaba el

F. B. I.,

para no sentirse, por lo menos, deseoso de abandonarlo.

—Buen día, mi joven amigo —dijo Maggiore, colándose rápidamente en el coche, al lado de Tommy, que había abierto la portezuela al verlo llegar—. Arranque a prisita.

El viejo confidente, con el cuello de la trinchera muy subido y, el ala de su deformado y viejo sombrero sobre la nariz, se encogió para no ser visto por los transeúntes que circulaban por las calles.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tommy, mirándole con gran afecto—. Tiene cara de sueño. Ya me ha contado Scrubb lo de ese Mark. Lástima no haberlo podido agarrar vivo...

—Sí. En fin, un canalla menos, y que Dios le perdone, si se lo merece. No hay que olvidar el daño que esa gentuza hace, muchacho. Yo los condenaría a todos a la «silla caliente», sin apelación. Bueno, vamos a ir al treinta y ocho de Rachel Street. ¿Sabes dónde está? ¡Un lugar aristocrático, palabra! —rió sardónicamente—. En el East Side, casi a orillas del río.

—Ya. Ni de día aquello es de fiar —reconoció Tommy—. ¿A qué vamos?

—¡Oh! Algo interesante, de veras. Son dos tipos muy cómicos, muy estrafalarios. Uno, pequeño; más pequeño que yo, que ya es decir. El otro, algo menos alto que usted. Un muñeco de guiñol italiano, de esos que se mueven con cuerdas. Pero terriblemente peligroso, Winters. Terriblemente, se lo aseguro. Tal vez fuera bueno avisar a una docena de sus camaradas.

—¿Para detenerlos? ¿No nos bastaremos nosotros? —repuso Tommy, en tono un poco Irónico—. Si vamos muchos, puede ocurrir lo de Mark.

—Temo que ocurra eso. Winters he estado haciendo memoria sobré esos dos tipos. Son dos «trillers» de cuidado. Trabajan juntos. Anoche, uno de ellos dijo, en su delirio por la falta de drogas que inyectarse, que había, asesinado, quizá con Randell el pequeño, a una mujer estando dormida...

—¿Cómo? —inquirió Tommy, mirando a Maggiore fijamente, pálido.

—Sí. Supone usted bien. Yo lo supuse inmediatamente. Ellos han debido matar a la pobre Jayne. Paget, el largo, desvariando, dijo

que jamás volvería a hacerlo. Un resto de vergüenza o de conciencia... Dijo que no volvería a matar a una mujer, y menos aun estando dormida, y bonita.

—¡Vamos en busca de esos das tipos, Enrico! —exclamó Tommy en tono duro, incisivo, sus ojos llameando siniestramente—. ¡Pueden ser ellos!

—Exacto, para mí no hay duda. Ellos se alquilan como se puede alquilar un taxi o un piso. Tanto por matar a una persona...

—Y quizá ellos mataron a mi hermano... —dijo Tommy, frenando el coche para volverse hacia Maggiore y mirarlo detenidamente—. ¿No lo cree así?

—Posiblemente. La persona que Dio el «encargo» a esos dos asesinos para eliminar a su hermano y a Jayne puede ser la misma. Bueno, sigamos adelante.

—¡Si fueran esos dos que dice usted...! —murmuró, sordamente, Tommy—. ¡No sé si podré dominarme para no matarlos como o perros rabiosos!

—Temo que ellos no levantarán las manos cuando usted se lo pida, Winters —opinó Maggiore, sonriendo extrañamente—. En cuyo caso uno ha de defenderse. Yo estaré con usted. Esta vez voy a dar la cara. Si los matamos como si los detenemos, el final de ellos será, el mismo. Las balas o la «silla caliente». Los «killers» me son especialmente odiosos. Matan por matar, sin conocer a la víctima, acaso sin odiarla. Por un puñado de dólares... ¡Duro con ellos!

Tommy enfocó la Rachel Street, ya en la siniestra East Side, casi a orillas del East River, con sus callejas sinuosas, lóbregas, con edificios no menos repelentes.

—El treinta y ocho —apuntó Maggiore, sacando el «Magnum» del bolsillo de la trinchera—. Deje el coche antes de llegar a ese número. ¡Qué tipos viven aquí! Esto es un muestrario de delincuentes, masculinos y femeninos.

La calle, estrecha, con aceras desgastadas, estaba concurrida por tipos extraños, poco tranquilizadores.

Los más se encontraban parados en las esquinas, conversando o mirando a su alrededor con aire de matones.

Las mujeres, en las ventanas de las casas cochambrosas, o en los portales, hablaban a gritos, regañaban, arrojaban al exterior aguas sucias. Muchos chiquillos jugaban o se peleaban, desastrados,

imitando a los mayores.

El portal de la casa donde vivían Paget y Randell era estrecho, sombrío, en forma de pasillo, y la escalera muy empinada, con escalones desgastados y desiguales. Olía a suciedad, a humedad, y el piso, de baldosines destrozados, se hallaba cubierto de inmundicias.

—Preparado, muchacho —dijo quedamente Maggiore, la mano diestra metida en el bolsillo del mismo lado de la trinchera.

Tommy llevaba en un bolsillo de su gabán el revólver. Iba detrás del italoamericano.

En la planta segunda, que no tenía sino una sola puerta, se detuvieron ambos para recuperar un poco el aliento, pues la escalera, tan empinada y desigual, constituía una verdadera ascensión montañera.

Maggiore, tras hacer una seña a Winters para que se quitara de delante de la puerta, con su ventanillo o mirilla, tiró de un nudo de la cuerda que asomaba por un agujero, el cual ponía en el interior en movimiento una escandalosa campanilla, que resonó fuertemente.

Sonaron adentro unos pasos largos, vacilantes, que se acercaban. Tommy se pegó a la pared donde estaba enclavada la puerta. Maggiore, ante la mirilla, tapaba la visión desde dentro.

—¿Quién? —preguntó la voz desabrida de Paget.

—Abre, amigo Rory —dijo amablemente Maggiore—. Soy Enrico, hombre.

La puerta se abrió. Paget, pálido, con un batín de lana todo sucio, roto en algunos sitios, se hizo a un lado para que entrara Maggiore. Estaba el «killer» en un momento en que, por haberse pinchado hacía poco, se mostraba lúcido, tranquilo.

—¡Hola, Muchacho! —dijo Enrico, empujándole—. Pase, amigo —dijo, dirigiéndose a Tommy—, es un buen amigo, Rory. Le conocerás, ya verás...

Entró rápidamente Winters, cerrando tras él la puerta. Paget, al ver su rostro, se puso lívido, desencajado, mirando a Maggiore después con odio profundo.

—¿Crees que ha resucitado para venir a pedirte cuentas? —preguntó Enrico, al ver la cara de espanto del asesino a sueldo—. ¡Vamos, adentro, amiguito! ¿Y Randell? Oye, si haces un solo gesto

extraño, te metemos en el podrido corazón doce balas seguiditas.

Paget, aterrado, tembloroso, mirando con indecible horror a Winters, retrocedía ante el agente especial y Maggiore.

—Ha salido... —murmuró con voz ronca. ¿Qué has hecho, Enrico? ¡Eres un odioso chivato, un asqueroso!

Maggiore le Dio una recia bofetada con el revés de la mano, empujándole hacia el interior del piso.

—¡Jamás he traicionado a nadie, cerdo matarife! —exclamo, con dignidad—. ¡Asesino de indefensas mujeres! ¡Anda, y agradece que todavía estés vivo!

Winters lo cogió del cuello, levantándolo en vilo. Paget pataleó como si fuera un muñeco de guiñol, espantado.

El efecto de la droga se le había disipado a causa de la tremenda impresión al ver a Tommy, y le acometía una crisis de las suyas, con los nervios raros.

—¡Lo hice porque si no me matan, Enrico! —gimió, con voz desgarradora, lloriqueando—. ¡Déjame que me pinche, y diré todo! ¡Un momento, para pincharme, Enrico!

Winters llevó en vilo al espantajo que ahora era el «killer» hasta el comedor, sentándolo violentamente sobre una silla.

Maggiore registraba, mientras tanto, las demás habitaciones, por si el astuto y peligroso Randell estuviera escondido. Pero no lo halló.

—Vamos —dijo Winters, muy pálido, contemplando el innoble rostro del pistolero—. ¿Habéis sido vosotros los que asesinasteis a mi hermano? ¡Contesta pronto, o te destrozo, canalla!

—¡No recuerdo nada! —chilló pagel, retorciéndose bajo la crisis de nervios que le poseía—. ¡Dejadme que me pinche, y podré hablar! ¡Un momento nada más, Enrico!

—Cuando hables —contestó Maggiore, zarandeándolo—. ¡Habla, y dejaremos que te pongas una dosis como la que pusiste a Jayne para matarla! ¿Lo hiciste tú, bandido?

—¡No lo recuerdo! ¡Estoy como loco, Enrico! —Paget se revolvía, en efecto, como un demente, bajo los efectos del espantoso pardeo que sentía—. ¡Déjame que me pinche, y lo diré todo!

Winters encendió un cigarrillo con mano nerviosa. Sentía unos atroces deseos de aplastar a puñetazos a quien consideraba como uno de los asesinos de su hermano.

Maggiore le contuvo cuando se levantaba, imponente, dispuesto a dar satisfacción a tal deseo.

—¡Habla primero! —dijo a Paget, zarandeándolo rudamente—. ¡Estás hablando, pidiendo la droga, luego puedes hacerlo! ¿Fuisteis tú y Randell los que asesinasteis al hermano de Winters? ¡Habla, maldito espantajo!

Sonó un leve ruido en la puerta de entrada. Como sí alguien hurgara en la cerradura. Paget lo oyó, y su rostro expresó malicia, sonriendo.

Maggiore sacó su «Magnum», haciendo un gesto a Winters, que le imitó. Se levantaron sigilosamente, esperando.

—¡Están aquí, Burt! —aulló Paget con voz aguda, histérica—. ¡Huye!

Maggiore lanzó una imprecación, y golpeó rudamente en la cabeza al largo «killer». Winters, a toda velocidad, salió de la estancia.

Sonó un disparo seco, de pistola automática. El recién llegado, Randell, advertido por su compinche, no pensaba en rendirse.

La bala pasó a menos de media pulgada de la cabeza de Winters, que se inclinó, pues su gran estatura y anchura ofrecían un blanco perfecto al «killer», que tiraba, como profesional que era, desde cualquier postura con puntería temible.

El pequeño Randell había abierto la puerta, no sin volver a disparar de nuevo sobre Winters, que todavía no le contestaba, deseoso de atraparlo vivo. Maggiore, viendo desmayado a Paget, lo abandonó y siguió a Tommy.

—¡Cuidado Winters, que tira como un demonio! —exclamó el confidente—. ¡No importa que lo dejemos seco, quedando Paget!

Tommy estaba ya en la escalera. Randell se volvió a disparar, mientras bajaba a toda velocidad los desgastados escalones.

Winters, de dos zancadas, llegó al rellano. Randell hizo fuego de nuevo. Maggiore esgrimió su «Magnum» y asomó la cabeza por el hueco de la escalera.

—¡Se va a escapar! —gritó roncamente—. ¡Se esconderá entre esa chusma de la calle!

Hizo fuego a su vez cuando Randell bajaba al primer rellano, encogido, un gesto feroz en su cara de rata.

La bala le hirió al «killer». Lanzó un aullido de dolor y cayó

rodando escaleras abajo. Pero se levantó, aunque dejando una mancha de sangre en un escalón.

Jadeante, siniestro su rostro, disparó con rabia infinita sobre Maggiore, que se echó atrás.

Winters disparó dos veces sobre él, alcanzándole. Pero Randell parecía tener una vitalidad terrible, y cogió la automática con la mano izquierda.

—¡Duro, o se nos va ese demonio! —gritó Maggiore—. ¿Tendrá siete vidas, como los gatos, el maldito?

Randell llegó al portal. Había metido otro cargador en la «Savage» del 45 y, pegado a la pared, como si no estuviera herido, con tres balas en el cuerpo, se revolvía cual una rata acorralada, disparando con enorme puntería.

—¡Vaya un tipo! —exclamó Winters roncamente, apuntando de nuevo al «killer». Disparó otra vez. Randell iba hacia la salida, dejando un rastro de sangre en el suelo. En la calle se oían gritos de hombres, mujeres y chicos, excitados, curiosos por saber qué ocurría.

Arriba, en la planta segunda, se oyó de repente una risa espantosa, de alegría feroz. Los pasos largos de Paget, que asomaba su cabeza por el hueco de la escalera.

—¡Maldito! ¡Ha vuelto en sí! ¡Nos van a freír, muchacho! —exclamó Maggiore, pegándose a la pared.

—¡Ahora me toca a mí, fantasma, y tú chivato! —chilló Paget, con un júbilo de demente—. ¡Espera, Randell, que voy contigo!

El largo pistolero comenzó a disparar con su automática de grueso calibre. Randell lo hacía desde abajo, pegado a la pared para sostenerse. Bajo sus piernas cortas, el charco de sangre se hacía más y más grande.

Winters temía por la vida de su bravo amigo, ya nada joven, aunque ágil y valiente como un león.

Comprendido que la situación era muy comprometida, dada la puntería temible de los enemigos y el hecho de que estaban él y el confidente apresados en la escalera, con Paget arriba y Randell abajo.

Asomar la cabeza tan sólo era ofrecerse como blanco a las pistolas de los «killers».

—Déjeme, Enrico —dijo a Maggiore, que estaba disparando

sobre Paget. Ahora el más peligroso por no estar herido y por hallarse en un lugar dominante, en lo alto de la escalera—. Péguese a la pared y dispare sobre Randell. Quizá, otra bala acabe con él. Déjeme a Paget.

El agente especial cargó su «Magnum». Luego mi Dio la distancia que había entre él y Paget, que se había tirado al suelo en el rellano y desde allí, en seguridad, se proponía matar fácilmente a quien asomara la cabeza en el tramo de escalera.

Dada su gran estatura y lo largo de sus piernas, además de que era un atleta ágil, de gran resistencia, Winters pudo dar un salto hacia arriba que le valió salvar cuatro escalones. Lo hizo con una velocidad de gato que dejó con la boca abierta a Maggiore. Cuando Paget quiso darse cuenta y disparar, la distancia entre él y Winters había disminuido a la mitad.

Winters disparó tres veces sobre el «killer», sin dejar que él lo hiciera, ocultándose ante la agresión inesperada y arrojada del agente especial. Maggiore disparaba sobre Randell, que ahora estaba casi sentado en el suelo, a la vuelta del recodo de la escalera.

La situación del confidente y de Winters seguía siendo comprometida, guardando los dos bandoleros la subida al piso segundo y la salida a la calle.

Paget reía de manera extraña. No era de alegría. Un cloqueo, especie de chillido de ratón, estremecedor. Winters se estremeció. No dudaba de que el pistolero había perdido la razón, cosa nada improbable en quién estaba saturado de drogas, intoxicado en grado máximo.

Seguramente el tener Paget ante él a quien daba por muerto, pues no recordaría ya, con la mente atrofiada, que asesinó al hermano de Tommy, había acabado de sumirlo en la locura homicida.

Era punto menos que imposible salvar de otro salto los diez o doce escalones que faltaban para llegar al rellano donde se hallaba Paget. Debía de hacerlo a cuerpo al descubierto Tommy, y ello equivalía a recibir más de un balazo del 45 en el trayecto.

—¡Cuidado, Winters! —gritó Maggiore, que le veía desde abajo y comprendía lo arduo de la empresa—. ¡Vamos a acabar con Randell, y luego llamaremos refuerzos para capturar a ese loco!

Winters medía la distancia, pegado a la pared, en el recodo que

hacia la escalera. Podía ver a Paget, asomando un poco la cabeza — con gran exposición de su vida—, esperándole, riendo demencialmente, al parecer muy seguro de acribillar a balazos a Tommy si salía de su precario refugio.

Winters se estremeció al pensar lo que pasaría si Paget se decidía a bajar unos escalones, desde lo alto de su posición predominante. Agradeció a Dios el que tal idea no se le ocurriera al «gángster».

—¡Dispare sobre Paget, Enrico! —gritó al confidente—. ¡Seguido!

Obedeció Maggiore, angustiado. No podía hacer mucho daño a Paget con sus disparos, por estar el «killer» tumbado sobre el suelo, casi invisible. Asomó el brazo y disparó las seis balas de su «Magnum», haciendo pequeñas pausas para que Winters hiciera lo que deseaba.

Winters aprovechó aquella ocasión de estar Paget escondido, sin atreverse a asomar la cabeza, pues las balas de Maggiore silbaban sobre ella, bien dirigidas.

De dos saltos de verdadero gimnasta transpuso los escalones que le distanciaban del rellano donde estaba el «killer», el «Magnum» en la mano. Era jugarse la vida en proporción de nueve contra diez a que la perdía, pero casi no tenía otra ocasión para salir del apuro en que se veía.

Paget, al verlo subir a toda velocidad, imponente su alta estatura, lleno de arrojo, la mirada cargada de audacia y odio, le apuntó con su «Savage» del 45 y apretó el gatillo.

Pero oyó, de repente, algo en su cerebro. Como un estallido fragoroso, mientras veía, también muy adentro de su cráneo, no por sus ojos, una luz cegadora, como si mil potentes reflectores lo enfocaran.

Sólo duró aquello una fracción de segundo. Lo que tarda una bala en perforar un cráneo y destrozar un cerebro.

Cuando dejó de ver y oír aquello, estaba muerto, boca arriba, despatarrado, grotesco, con las largas y huesudas piernas más largas que nunca.

Winters le miró, jadeante, en la mano el «Magnum», del que todavía, salía un hilo de negro humo por el cañón. Se inclinó y le miró más fijamente el rostro de degenerado, tan delgado tan

consumido por las drogas. Por la frente le bajaba la sangre negruzca. Estaba muerto el que mató a su hermano y a Jayne.

Randell disparaba, sentado en el suelo, desangrándose. El charco que le rodeaba se agrandaba más y más. Los curiosos chillaban en la puerta, sin atreverse a entrar.

Bajó Tommy los escalones, rehuyendo las balas de Randell. Se colocó al lado de Maggiore, que le miró intensamente.

—Muerto —dijo el agente especial, señalando con un gesto el rellano.

—Ya. Ha sido una lástima no poderlos apresar vivos. Pero su fin estaba, previsto. Asesinos natos. Carne de horca. ¿Vamos por Randell por si es posible salvarlo todavía? Me parece que está ya más muerto que vivo, lucha por miedo, tal vez porque no puede dejar de desear matar.

Bajaron los dos hombres todo lo que podían sin exponerse a recibir un balazo de Randell que disparaba como un loco, sentado en el suelo, sabiendo que no podía escapar, que se estaba muriendo a chorros. Pero quería matar todavía...

—¡Randell, tire la pistola y levante los brazos! —gritó Tommy con voz potente—. ¡Paget ha muerto y usted seguirá su camino si no se entrega!

No contestó el «killer». Tampoco disparó de nuevo. Maggiore arrugó el ceño, extrañado. Los vecinos hablaban a gritos y era imposible saber lo que estaban diciendo. Las mujeres, sobre todo, chillaban histéricamente.

—Vamos —dijo Winters quedamente a Maggiore—. Es preciso sorprenderlo. Debe estar sin fuerzas, desangrado...

Asomaron la cabeza por el hueco de la escalera. Vieron a Randell sentado, la cabeza baja, apoyada en el pecho, en la mano la Savage. No se movía.

No hizo, movimiento alguno cuando el agente especial y Maggiore se pusieron al alcance de su vista. Los curiosos hablaban a gritos. Varios entraban en el portal y miraban al pistolero con terror.

—Vamos —dijo Winters en tono un poco emocionado—. No hay nada que temer, Enrico.

Bajaron la escalera aprisa. Los vecinos se alejaron, atemorizados. Randell permanecía inmóvil, como dormido, en la mano la negra

pistola. El charco de sangre era aún mayor y se desviaba en regueros por entre los rotos baldosines.

—Muerto —dijo Maggiore al examinar el rostro, exangüe, lívido, terroso—. Se ha quedado sin una gota de sangre.

Winters se alejó, saliendo del portal. Fue a un bar cercano y llamó a la División, pidiendo una ambulancia. Luego regresó, echando de allí a los curiosos, que le miraban con asombro y temor.

—La lástima es —dijo a Maggiore, que fumaba nerviosamente, el cuello de la trinchera subido y el sombrero muy metido hacia la frente, pues no deseaba ser observado por aquellas gentes— que no sabemos quién mandó a estos hombres asesinar a Jayne y a mi hermano. No hemos adelantado nada.

—Sí lo sabemos —repuso Enrico, sonriendo con malicia—. Ya verá cómo damos con él. Si es que no ahueca el ala y se larga, pero no le daremos tiempo a ello. ¿Vendrá pronto la ambulancia?

—Muy pronto —contestó Winters—. ¿Usted sabe quién dio la orden de cometer esos asesinatos?

—Ando muy cerca de saberlo, muchacho. Para mí, lo sé. Oficialmente, tendría que probarlo. A veces, ellos mismos se denuncian con su conducta, como se han denunciado estos tipos que han muerto. Ellos fueron los asesinos, sin duda alguna.

VIII



IM Autry, el «boss» de aquella organización para la venta clandestina de drogas, estaba haciendo aprisa sus maletas, ayudado por su segundo, Glen Farrell. Ambos estaban muy nerviosos y trabajaban aprisa, como si los minutos tuvieran para ellos un valor inmenso.

Sentada frente a ellos, en el gabinete, en casa de Autry, estaba Anita Fisher, envuelta en su magnífico gabán de piel de visón, regalo de Autry. Ella también estaba nerviosa, y más que nerviosa, aterrada.

Uno de la banda les había llevado la noticia, minutos antes, de que los pistoleros Randell y Paget habían caído bajo las balas de los hombres del

F. B. I.

De ahí el terror de Autry, su segundo, y de la misma Anita Fisher.

—No puedes venir con nosotros —dijo Autry en tono brutal, mirando a la bella Anita con impaciencia—. Además, tú no tienes por qué sentirte en peligro. Nadie sabe que estabas a mi servicio.

—¿No? —repuso ella, impaciente—. ¿No habrán hablado Paget ni Randell antes de morir? ¿Estás seguro? No lo sabemos. ¡Yo quiero marcharme de aquí, y contigo! ¡Me prometiste ayuda en caso de que yo me viera en peligro! ¡Te he prestado muchos servicios, Kim, y no me vas a dejar tirada en la cuneta!

—¡Y yo te he pagado espléndidamente esos servicios, de manera que no te debo nada! ¿Por qué no tomas un avión y te largas ahora mismo? Puedes hacerlo todavía.

—No comprometas más, muchacha —dijo Farrell, mirando hostilmente a Anita—. Bastante tenemos con dejar esto, con lo bien que nos iba el negocio. Tendremos que desaparecer y dejar pasar tiempo antes de volver a empezar. Tú puedes aguardar, ver lo que hace el

F. B. I.,

y tomar tus medidas. Nosotros no vamos a denunciarte, como es natural.

—¡Yo voy con vosotros, porque me lo prometiste, Kim! Podemos pasar los tres al Canadá hoy mismo, antes de que el

F. B. I.,

nos busque. Ya sabes que son lentos en tomar una determinación. Una vez en el Canadá, no os necesito. Tengo dinero en abundancia...

—¡No vienes, te digo! —exclamó Autry en tono sulfurado—. ¡Vete cuanto antes, chica! ¡No te debo nada, porque siempre te he pagado bien! Ahora cada cual ha de mirar por sí. Para mí eres un estorbo, y no puedo tolerar que me estorbes. ¡Vete y ponte a salvo, te digo!

—¡Valiente par de sinvergüenzas estáis los dos! —exclamó Anita, pálida de ira, sentada en el sillón, viendo cómo los dos «gangsters» metían sendos fajos de billetes en una maleta—. ¡Ésas son tus promesas, Kim! Y serás capaz de no darme un céntimo más, cuando mucho de lo que tienes me lo debes a mí. ¿No os informaba yo de lo que hacía el

F. B. I.,

para que pudierais trabajar sin peligro? ¡Dame más dinero, y me marcharé sola!

—¡Hemos terminado el convenio contigo! —contestó Autry, sonriendo con ironía—. ¡Demasiado te he dado, y tienes de sobra para marcharte! ¡Y déjame en paz! ¡Vete de una vez, o si no...! —Apretó los puños, mirando amenazadoramente a Anita.

—Vete ya, Anita —dijo Farrell, señalando la puerta del gabinete—. Nosotros nos vamos. Vamos al Canadá en el coche. Tenemos la documentación en regla para entrar. Desde allí, en avión, a Europa.

—Está bien. —Anita se levantó, en su rostro una extraña sonrisa de complacencia—. Os vais sin mí. Bien, bien... Os deseo un buen viaje. A ti, Kim, excelente caballero, tan galante con las damas, mucha suerte. Buen viaje niño bonito —rió sardónicamente—. ¡Buen viaje!

Salió del gabinete contoneándose, murmurando entre dientes una canción de moda. Kim y Farrell se miraron fijamente, turbados.

—¡Nos va a denunciar! —exclamó Autry, palideciendo—. ¡Va a decir al

F. B. I.,

que estamos aquí, y dentro de diez minutos...! ¡Es capaz de hacerlo!

Farrell arrugó el ceño. Dejó la maleta y salió corriendo por el pasillo, siguiendo a Anita.

—¡Anita! —exclamó con voz alterada—. ¡Espera un momento! —La alcanzó cuando ella llegaba ante la puerta del piso. Autry también se le unió, contraído el rostro, en sus ojos una expresión siniestra. La muchacha los miró fijamente, sonriente. Luego su sonrisa se trocó en un gesto de muda interrogación.

—Ven, querida —dijo Autry melosamente, cogiéndola de un brazo—. Creo que podemos llegar a un acuerdo. Estamos todos nerviosos, ya lo ves. Mira, Farrell te va a llevar a mi villa, en Queens, ya sabes. Está al lado del aeropuerto de Flushing. Podrás estar allí unos días hasta ver qué pasa, y luego tomas un avión. Es lo mejor.

—¡Lo que yo quiero es dinero, dinero, Kim! —exclamó ella en tono imperativo—. Cincuenta mil, y os dejo ir. Que me lleve Farrell a tu villa. Es una buena idea. Cuando todo vaya pasando, tomaré el avión para Europa. Tal vez nos veamos allí.

—¡Conformes! —Regresaron al gabinete. Autry y Farrell cambiaron una mirada de inteligencia—. ¡Toma! —Sacó Autry de la maleta dos fajos y se los tendió a Anita—. Setenta y cinco mil «pavos». No dirás que soy tacaño contigo. ¡Ahora, en tu coche, que te lleve Farrell a mi villa! Hay allí de todo. ¡Adiós, pequeña! Nos veremos en Europa.

Bajaron a la calle; Anita, muy contenta, y Farrell, al parecer, también satisfecho. La muchacha ocupó el asiento del volante en su magnífico Cadillac.

—No corras mucho, ¿eh? —aconsejó Farrell al verla pisar el acelerador nerviosamente—. Si ahora nos detiene un «cop» del tráfico perderemos tiempo. Luego podrás ir más aprisa.

Anita estaba contenta. Llevaba el bolso lleno de dinero, y un maletín con sus valiosas joyas, ya pensando en la huida.

Ahora, con el generoso donativo de Autry redondeaba su fortuna, que ascendía, a unos ciento cincuenta mil dólares, más el valor de las joyas.

—¿Por qué no te largas tú solo, tonto? —preguntó ella a Farrell—. ¿No has visto que Kim no mira más que su propio interés y seguridad? Ya tendrás tu fortunita propia, ¿no? ¡Pues huye solo, que será mejor que unir tu suerte a él, a quien lo va a perseguir el

F. B. I.,

a muerte!

—Es lo que voy a hacer —aseguró Farrell, fumando nerviosamente—. Tengo que regresar para recoger mi dinero y luego me largaré solo. Es lo que hará él cuando no me necesite. Aquí hay que mirar cada cual por lo suyo. ¡Fue una barbaridad matar al hermano de Winters, por error! Y otra barbaridad liquidar tan pronto a Jayne.

—Lo de Jayne era urgente —contestó agriamente Anita—. Si la dejamos nos descubre a todos. Quizá a estas horas estaríamos entre rejas. Era muy listo, Farrell.

El coche corría ya a más velocidad, habiendo entrado en Queens por el puente de Queensboro. Tomaron por una autopista de cuatro sendas, y Anita lanzó al Cadillac a ochenta millas por hora, cruzando de oeste a este Queens, hacia el Norte, donde se encontraba el aeropuerto de Flushing.

—Cuidado, pequeña —dijo Farrell sonriendo—. No vaya a

sucedir que nos estrellamos cuando vamos a escapar de una buena. Modera un poco la velocidad.

—Sé conducir —repuso ella despectivamente, sin frenar la marcha—. Tengo prisa por llegar. Me parece que esta misma tarde tomó el avión y me marchó. No sea que los del

F. B. I.,

estén ya advirtiéndolo a los aeropuertos, estaciones y hasta en las carreteras ponga vigilancia. Los conozco bien y sé que hay que ser muy listo para escapar de ellos.

—Harás bien, entonces. —Farrell asintió sonriendo—. Pero yo creo que el

F. B. I.,

no sabe todavía mucho respecto a nosotros, y menos de ti. Pasarán días antes de que caigan en la cuenta.

—¿Cómo vas a regresar al lado de Autry? ¿Vas a tomar un taxi? —preguntó ella, la mirada fija en la ancha carretera, sin disminuir la velocidad.

—Sí. Hay muchos en Flushing. Yo te dejo en la villa y regreso en seguida. Me ha encargado Kim que te deje bien instalada. En medio de todo, se ha portado contigo estupendamente, es lo que tiene ser bonita...

—Y el haberle hecho ganar cientos de miles de dólares, gracias a mis informes —repuso ella en tono rencoroso—. ¡Es un tacaño!

Llegaban a la barriada de villas cercana al aeropuerto de Flushing. Cada edificación estaba separada de la vecina por extenso jardín, y el campo rodeaba todo el grupo de viviendas.

—Es aquélla —dijo Farrell señalando una villa, de estilo muy moderno, con su jardín, cercado todo por alta tapia—. Frena, querida. No hay servidumbre, de manera que tendrás que atenderte tú sola. Pero en cambio nadie te buscará por aquí. Bajemos.

Farrell ayudó a Anita a llevar el maletín y una maleta pequeña al interior de la villa, que abrió él con una llave que le diera Autry. El coche quedó a la puerta, prometiendo ella meterlo en el garaje, a un lado del edificio, después.

—Bueno... —Farrell, sofriendo, miró a Anita extrañamente—. Ya estás en seguridad, hermosa. Yo me marchó —se dirigió hacia una ventana, mirando al exterior. Anita le daba la espalda, ocupada en colocar el maletín y la maleta sobre un sofá. Por ello él pudo

sacar una automática de la funda, bajo la axila izquierda.

Disparó dos veces sobre la muchacha, con tranquilidad, apuntando bien. Farrell cumplía el último encargo de su jefe, a falta del largo Paget y el pequeño Randell, que ya jamás podrían volver a cometer ningún asesinato.

La muchacha, sin un grito, cayó de bruces, pues las balas la recibieron en la nuca.

Allí terminaba, también, su carrera de traiciones y maldades aquella mujer, a sueldo de una causa repugnante, aliada con personas sin escrúpulos, y por ello tratada como realmente se merecía.

Farrell comprobó que estaba muerta. Recogió la maleta, el pesado maletín lleno de joyas y dinero, y salió al jardín. Miró a su alrededor, desconfiado.

En aquella época del año, el invierno, casi todas las villas estaban sin habitar. El fragor del oleaje, batiendo la playa cercana, impidió oír el ruido de las dos detonaciones de la pistola.

Entró en el Cadillac de Anita y partió a buena marcha hacia Manhattan. Ahora Autry y él quedarían más tranquilos.

Anita, traidora a todas las causas, deseosa de riquezas, los habría denunciado si se hubiera visto en peligro, y fue demasiado ingenua al creer que podría escapar permaneciendo en la villa varios días, u horas para ocupar una plaza en un avión. El

F. B. I.,

estaría ya buscando...

El Cadillac iba a ochenta millas por hora, dirigido por Farrell, que ahora tenía prisa en llegar al domicilio de Autry, para luego emprender el viaje al Canadá cuanto antes.

No estaba muy seguro de que su jefe no le hubiera jugado una travesura, yéndose solo... Entre picaros, se dijo, frunciendo el ceño, todo podía suponerse y dado por hecho si así uno conseguía alguna ventaja.

Menos mal que si Autry se había largado sin esperarlo, allí tenía él lo de Anita qué suponía bastante más de lo que contaba él como fortuna suya particular.

No observó que era seguido por otro coche, que iba tras el Cadillac apenas salió a la autopista Queens Whitestones Parkway, saliendo de otra carretera adyacente.

Ni menos pudo advertir que desde aquel coche se comunicaba a la División del

F. B. I.,

que el coche de Anita estaba a la vista, ocupado por un hombre que al parecer tenía mucha prisa.

Dos millas adelante, el coche seguidor del Cadillac se desvió por otra ruta. Pero apareció otro, que comenzó a seguir al vehículo conducido por Farrell, ignorante en absoluto del peligro que aquella disimulada persecución suponía para él.

La autopista permitía correr mucho y no era grande el número de coches por aquellas heladas comarcas.

Llegó así el Cadillac hasta la entrada al puente de Queensboro, sobre el East River. Hubo de frenar Farrell ante la caseta donde se abonaba el derecho para cruzar el puente, veinticinco centavos.

Vio a varios hembras de paisano, quizá ocupantes de coches allí detenidos, esperando su turno para pasar.

—¿Se llama usted Farrell acaso? —preguntó, un poco a su espalda, un hombre.

El «gángster» se volvió rápidamente para ver quién le Hablaba de aquella forma. Su rostro se puso lívido y sintió que le invadía una sensación de desmayo.

El que le hablaba era el agente especial Winters. Tan parecido a aquel otro hombre, su hermano, muerto por Paget y Randell.

—Baje —dijo Winters, en la mano el «Magnum», abriendo la portezuela con la izquierda—. Sin hacer tonterías. Me acaban de decir por teléfono que ha matado usted, en una villa de Flushing, a Anita Fisher, la traidora a nuestra causa. ¡Baje, Farrell!

Farrell se recuperó prestamente de la sorpresa espantosa que había sufrido. Era hombre sereno, más que su jefe Autry, y adoptaba una determinación rápidamente, según las circunstancias lo requirieran.

Estaba descubierto, no había duda. El

F. B. I.,

no era lento, ni vacilante, cuando se ponía en marcha. Allí estaba el ejemplo.

El Cadillac tenía en marcha, silenciosa, el motor. Farrell sabía que su potente motor tenía un «reprise» muy rápida Pisar el acelerador y salir a cincuenta millas por hora, en contados

segundos, era lo corriente en aquella marcha.

No vaciló. Estaba perdido, y como lo sabía, cabía adoptar una resolución extrema, desesperada, por si tenía éxito. Winters le apuntaba con su «Magnum», mirándole fijamente, la mano en la abierta portezuela.

Pisó a fondo el acelerador, inclinándose para eludir un posible balazo del agente especial. Si conseguía partir, estaba casi salvado. A toda velocidad intentaría escapar.

El Cadillac saltó hacia adelante. La portezuela que tenía sujeta con la mano Winters osciló hacia adelante y hacia atrás. Iba a escapar...

Sonó un disparo seco, rotundo, que atronó a Farrell. Después, el largo vehículo, lanzado, sin ser conducido, porque Farrell ya no podía hacerlo, herido detrás de la oreja izquierda por el balazo que le disparó Winters, se fue contra el pretil del puente, se levantó sobre las ruedas delanteras, osciló, rugiendo el motor, y quedó empotrado en la barandilla.

Acudieron dos agentes especiales más, con Winters. De la caseta salió el pequeño Maggiore, subido el cuello de su trinchera y con el sombrero metido sobre la frente. Varios agentes uniformados de la Metropolitana acudieron también.

—Muerto —dijo Winters al mirar a Farrell, inclinado sobre el volante, pero echado hacia atrás, pues el coche estaba casi vertical, apoyado en el pretil del puente.

—Sí —murmuró Maggiore filosóficamente, echando una ojeada sobre el cadáver—. Está visto que la «silla caliente» no va a tener nada que hacer en este asunto, muchacho. Se matan entre ellos, nos ponen en el trance de tener que disparar... Mire cómo este Farrell tiene en la mano la automática. Estuvo usted a punto de que lo enviara por delante. ¡Mala gente!

—Vamos ahora por el cerebro de la organización, por Autry —dijo Winters nerviosamente—. ¡No quiero que se escape ninguno de ellos!

Subieron a un coche él, Maggiore y dos agentes más. Entraron en Manhattan por el mismo puente, mientras otros agentes llamaban a una ambulancia y procedían a tomar notas e informes para remitir a los jefes de la organización.

Atravesaron Manhattan de Oeste a Este, para llegar a la 27th

Street, cerca del Hudson, en Chelsea Park.

—Yo me bajo aquí, Winters. No me conviene que me vean los de Autry. En seguida se corre la voz de que estoy con ustedes, y eso me imposibilitaría para seguir de confidente. ¡Suerte, muchachos! —dijo Maggiore.

Habían rodeado el edificio donde vivía Autry, media docena de agentes especiales de vigilancia. Winters habló con ellos.

—Han subido cinco o seis de los hombres del «boss» —dijo uno de ellos—. Está él arriba. Se ha asomado a una ventana, como si esperase a alguien con impaciencia.

—A Farrell —dijo Winters, sonriendo con ironía—. Va a tardar un poco en llegar. Debe estar camino del infierno ya.

Tras una conferencia telefónica con Haigh, llegaron doce agentes más ante el edificio, en coches. Dos de los federales llevaban maletines conteniendo cargas de explosivos, por si había que derribar puertas u otros obstáculos.

Dos a dos, los agentes especiales fueron entrando en el edificio. Se unían en el interior del portal, ante la atónita mirada del conserje, que fue intimado severamente a que no saliera de su cabina, interviniéndole el teléfono para uso interior de la casa, con objeto de que no avisara a Autry la presencia de los federales.

Subieron en el ascensor capaz para seis personas. Winters les dio instrucciones para el asalto al piso de Autry, por si éste hacía resistencia.

Los doce ante la puerta, preparados los especialistas en explosivos, Winters llamó a la misma y se hizo a un lado. Cabía esperar una andanada de balas en vez de cordiales saludos cuando dijeran quiénes eran y lo que deseaban.

La puerta se abrió, cosa inesperada, cuando sonó el timbre. Un hombre de rostro patibulario apareció en el umbral, quizá creyendo que quién llamaba era algún distribuidor de drogas.

—¡Adelante! —gritó Winters a sus camaradas, aprovechando aquella feliz coyuntura.

Y con la culata del «Magnum» sacudió un rudo golpe en la cabeza al maleante que abriera la puerta, dejándolo tendido en el suelo, privado del conocimiento.

Un avalancha, rapidísimamente, el revólver en la mano, o la metralleta, los doce hombres avanzaron por un pasillo y luego se

dispersaron por las distintas habitaciones.

Sonaron detonaciones, y Maggiore, en el quicio de un portal, como nervioso espectador, frunció el ceño.

Bien sabía que cuando se ofrecía resistencia a los hombres del F. B. I.,

o se los agredía, éstos replicaban de manera fulminante y hasta tiraban a matar, sin contemplaciones. Si pudieran capturar vivo a Autry, el canalla «boss» de la organización...

Los seis hombres de Autry, ya cinco, porque uno de ellos había quedado fuera de combate al abrir la puerta, fueron instigados a la defensa por su jefe, que todavía estaba allí esperando a Farrell, su segundo, sin el cual apenas podía hacer nada, falto de su consejo.

La lucha se hizo en pocos momentos general y enconada. Los agentes especiales encontraban en cada habitación un hombre, que se creía perdido y por ello apuraba la defensa, esperando poder escapar.

Winters buscaba a Autry especialmente. Quería capturarlo vivo, por ser el jefe de la banda y el que podía facilitar datos interesantes sobre el tráfico clandestino de drogas, sistema de verificarlo y su importancia.

Las granadas de gases lacrimógenos hicieron su aparición para ablandar aquella resistencia a tiros de los exasperados «gangsters». Abiertos agujeros en las puertas, a balazos, se dispararon con rifles especiales cargas de dichos gases, que se esparcían por las estancias.

Autry estaba en su despacho con dos de sus secuaces, ofreciendo una resistencia feroz. Winters, con una metralleta, disparaba sobre la cerradura para forzarla. Después se hizo entrar gas lacrimógeno en cantidad.

Sonaron estornudos, toses, carraspeos. Los agentes especiales esperaban, sin ponerse a tiro. Unos minutos después, tres maleantes salían de dos alcobas con los brazos en alto, medio cegados, atontados. Fueron bajados al portal, ya esposados.

—¡Ríndase, Autry! —gritó Winters—. ¡No tiene ninguna probabilidad de vivir si se resiste! ¡Farrell ha muerto, y Anita Fisher!

Oyeron los agentes gritos en el interior del despacho. Los dos secuaces de Autry querían entregarse, rabiosos por los efectos de los gases lacrimógenos y viéndose totalmente perdidos. Autry quería

obligarles a seguir luchando.

—¡Obligad a Autry a rendirse! —gritó Winters con voz potente —. ¡Eso mejorará vuestra posición!

Varios disparos sonaron adentro. Winters y sus camaradas comprendieron que se mataban entre ellos, o, por mejor decir, que Autry los estaba liquidando a tiros.

Se colocó, con ventosas de goma, una carga explosiva, que estalló inmediatamente, sobre la puerta. Saltó en astillas, y los agentes pudieron ver a Autry, vivo y maniatado por sus secuaces, que levantaban las manos.

La destrucción del «gang» de Autry estaba consumada. Quedaban los distribuidores, pero ya irían saliendo del anonimato al declarar aquellos maleantes ante los agentes especiales.

—¡Buen trabajo, muchacho! —dijo Maggiore cuando vio salir a Autry por su propio pie, esposado, entre dos agentes especiales—. ¡El principal culpable, capturado! ¡Las almas de nuestros muertos pueden descansar tranquilas, pues han sido vengados!

Más de cien distribuidores de drogas fueron descubiertos y apresados por el

F. B. I.,

como resultado del interrogatorio de los detenidos. Maggiore contribuyó a ello, gracias a sus conocimientos del hampa.

Winters pudo ver al fin culminado su deseo de que la muerte de su hermano y de Jayne fueran justamente vengadas.

La plaga de la venta clandestina de drogas, una de las más dañinas conocidas actualmente no sólo en los Estados Unidos, sino en otros países, requería toda la atención de las autoridades federales y las de los Estados de la Unión.

Mary, la viuda de Norman Winters y cuñada de Tommy, liquidados sus asuntos en Philadelphia, regresó a Nueva York al cabo de los ocho días que fijara de plazo.

Los hijos la acompañaban, y Tommy fue al aeropuerto a recibirlos. Mary observó con ansiedad a los pequeños cuando éstos tuvieron delante al hombre que era exactamente igual que su muerto padre.

Tommy, muy conmovido, también un poco a la expectativa, los miraba fijamente, esperando su reacción.

La pequeña Mary se lanzó a él, abiertos los brazos, llena de

alegría, mirándole con ternura.

—¡No eres mi tío Tommy, sino papá! —exclamó, besándolo muchas veces—. Mamá nos quería engañar, pero tú eres papá. ¡Ya estamos en Nueva York, que me gusta mucho!

Tom, mayor que su hermana, observaba a su tío con más atención, y cuando Mary dejó a éste, fue a besar al agente especial, mientras sonreía con aire de suficiencia.

—Es verdad —dijo en tono de absoluta seguridad—. Mamá nos ha querido engañar, pero a mí no me la da. Eres papá. ¿Dónde está el tío Tommy?

Mary, la madre, sollozaba quedamente, aunque procuraba que en su rostro no hubiera signos de tristeza.

—Vamos a casa —dijo Tommy, todo azarado, elevando a los niños hasta su ancho pecho y apretándolos fuertemente. Vamos a casa, hijos.

—¿Dónde está tío Tommy? —preguntó Tom, tercamente—. Mamá dijo que nos vendría a recibir.

Subieron al coche de Tommy y partieron hacia el domicilio del agente especial, ya preparado para albergar a Mary y sus hijos. Los niños encontraron allí juguetes, y prestamente se desinteresaron de la madre y de su tío, a quien creían su padre.

—Ya lo ves —dijo Mary, sentándose al lado de su cuñado, en el gabinete—. Te vieron alguna vez antes de ahora, pero eran muy pequeños y no te recuerdan casi. Creen que eres Norman, su padre. ¿Qué vamos a hacer? ¿No será una crueldad grande decirles que ya no tienen padre, cuando te están viendo y creen que tú lo eres?

—Muy complicado todo esto, querida —dijo Tommy, confuso, mirando su cigarrillo—. Yo estoy decidido a ser como su padre para ellos, ya lo sabes, pero siempre se impondrá la verdad de que no lo soy. Un día habrás de decírselo, no obstante.

—Tommy, yo misma me lleno de confusión al verte. También te lo dije. Es un consuelo grande para mi verte. Mi imaginación, sin poderlo remediar, me hace ver que tú eres Norman. Habrá algo —bajó la mirada, azarada— que me pondrá, claro es, ante da triste realidad de que eres mi marido. Pero, por lo demás, eres Norman. No ha muerto él...

—Muy complicado —dijo Tommy, pensativo—. Tú puedes reaccionar, tienes sentido común, la realidad se impondrá. Pero los

niños... ¿Vamos a decirles que no soy su padre, que soy solamente su tío, y que Norman murió?

—No lo sé —ella movió la cabeza, con tristeza—. Será una lucha larga y cruel convencerles de que su padre no volverá nunca más con enes cuando te tienen a su lado. No lo sé, Tommy...

—Mary —dijo el agente especial tras una pausa de silencio, en la que oían a los niños jugar alegremente en la habitación inmediata—, quiero decirte algo que he estado manteniendo en secreto hasta ahora: yo siempre te he querido...

—Ya lo sé, Tommy —murmuró ella sofocadamente—. Hasta en eso eras igual a tu hermano. Lo noté. Enamorarte de la misma mujer que quería tu hermano... Yo sufrí mucho por eso, Tommy. Resultaba que, queriéndole a él, te quería a ti.

—Por eso no quise trabajar con Norman en Philadelphia, ni estar con vosotros. Me hice del

F. B. I.,

en parte, por alejarme, por ocuparme en algo que me distrajera de ese cariño por ti —siguió Tomín y, pálido de emoción—. Yo no iba a tratar de ponerme frente a Norman, cuando erais novios, para disputárselo. Si dices que ya lo sabías, poco queda por decir, entonces.

—Lo sabía, sí. Pero le quería a él también. Era algo imposible de decir. Vuestro gran parecido era la respuesta a tan extraña situación. Esto parece complicar ahora las cosas, ¿no te parece?

—No. Creo que no —repuso Tommy, levantando la cabeza y mirando a su cuñada lealmente—. Creo lo contrario, Mary. Ahora estamos los dos bajo la terrible impresión de la muerte de Norman. Dime, ¿qué crees que diría mi hermano, si pudiera el pobre expresarse en palabras, pues no dudo que su alma nos contempla, al vernos casados tú y yo?

—¡Tommy! —exclamó Mary, enrojeciendo de emoción y mirando a su cuñado casi con susto—. No sé lo que diría... Era muy bueno, como tú. Quizá sentiría alegría. Es posible, si yo aceptara eso que dices.

—Dejemos las cosas, entonces, para más adelante. Que pasen meses, un año, Mary. Ahora parece, en efecto, inadecuado, sacrílego, hablar de ello. Pero quiero que sepas que estoy decidido a ser un padre de veras para tus hijos.

—Lo sé, Tommy. Dejemos pasar ese tiempo. Para mí no será un problema decidir. Eres como él y, queriéndole a él, te querré a ti. Será algo que no ha tenido sino una pausa grande. Como si mi marido hubiera estado un tiempo lejos de mí, pero que ha regresado. Mis hijos se niegan a aceptar que su padre ha muerto, aunque se lo dije antes de venir. Ellos nos dan el ejemplo, Tommy.

—Así es, Mary. Tienes por delante un año, por ejemplo, para decidir. Debes prescindir de eso que parece como una sugestión: el parecido entre Norman y yo, para saber con firmeza si yo puedo ocupar dignamente el puesto de padre de tus hijos y el de esposo tuyo.

Pasó el año, y Tommy y Mary se casaron. Para la pequeña Mary y su hermano Tom aquello no tuvo la menor importancia. No habían dudado nunca de que el hombre que estaba con ellos era su padre, y que el tío Tommy fue el que murió. La felicidad, en cambio, se adueñó de Mary y Tommy, ahora marido y mujer. Para ella, como antes, porque se parecía él a Norman en todo...

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**RECORTABLES
WALT DISNEY**

a 0,50 y 1 pta.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**FORT WINCHESTER
CONSTRUCCION
de DOCE láminas
a todo color
15 ptas.**

